Cumplir la expiacion de mi delito

4 a

25 cm.

408.19

BERNARDO:

DRAMA ÉPICO

EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

EL REY D. ALFONSO II.
EL OBISPO DE LEON.
EL CONDE DE SALDAÑA.
BERNARDO.
ORDOÑO.
RAMIRO.
EL CASTELLANO DE LUNA.
GARCIA.
VEREMUNDO.
ALMANZOR.
ISMAEL.
DOÑA SOL.
UNA DUEÑA.

MENSAJEROS, PAJES, CLERO, GRANDES, SOLDADOS, MONTAÑESES, PUEBLO, MOROS, ETC.

ACTO PRIMERO.

La Plaza de Leon.—A un lado la Catedral: enfrente el Palacio.

ESCENA PRIMERA.

El OBISPO, seguido de PAJES, que se dirige á la iglesia. Tropel de PUEBLO, MUJERES y NIÑOS, deteniéndole. Entre estos RAMIRO. A un extremo, BERNARDO sentado en un banco de piedra, vestido de villano.

UNO.

No os dejarémos pasar.

OTRO.

¡Tened piedad de Leon!

OTRA.

Hacedlo por compasion,
Y acabe tanto penar...

RAMIRO.

Sois nuestro padre, por Dios...
Padre del pueblo cristiano:
¿Dónde tenderá su mano,
Cuando la rechaceis vos?

OBISPO.

¡Hijos! hijos!... Vuestro duelo
Me tiene el alma partida:
Yo os diera mi pobre vida,
Por daros algun consuelo...
Pero ¿qué quereis de mí?

RAMIRO.

Que niegue el tributo el Rey!

UNA.

Es mengua de nuestra ley.

OTRO.

Es una ignominia.

MUCHOS.

¡Sí!

OBISPO.

Mengua, ignominia... ¡es verdad!
Y yo las lloro cual vos;
Mas así lo quiso Dios,
Penando nuestra maldad...

RAMIRO.

¡Dios!

OBISPO.

Sí, Dios abrió su mano,
Y nos retiró su escudo,
Y nuestro imperio no pudo

Reistir al mahometano...
¿Qué quereis? ¿Quereis mejor
Que extingan toda la luz?
¿Que huellen la Santa Cruz
Del divino Redentor?...

VARIOS.

¡Que no se pague el tributo!...

OBISPO.

¿Pensais que yo lo quisiera?
Mas ¿no temeis que os cubriera
Otro acerbo y triste luto?
Cien doncellas son ahora,
Vírgenes puras del cielo,
Mártires de nuestro suelo,
Que España bendice y llora.
Ellas... á penar por vos
Las lleva su infausta suerte;
Si allí las llama la muerte,
De arriba las llama Dios.
Por él tendrán fortaleza
Para sufrir y lidiar:
Por él irán á triunfar,
Pereciendo con pureza...
Mas si el moro os dominara;
Si en alas de la ventura
Su bandera negra, impura,
Sobre esas torres alzara:
Si la memoria borrase
Aun de vuestro nombre mismo,
Y las fuentes del bautismo

En este suelo cegase.....
¡Oh! no, no... Resto precioso
Sois del imperio español;
No se eclipse todo el sol:
No muera el nombre glorioso.
Ved á Mérida, á Sevilla,
A Toledo... ¡Todo calla!
¿Pensais que baste por valla
Del Esla la angosta orilla?—
¡Suframos, hijos! Un dia
Llegará puro y luciente,
En que elevemos la frente
Coronada de alegría.
Un tiempo al cabo vendrá
En que nuestra Santa Cruz
Triunfe en el suelo andaluz,
Y aun ¿quién sabe?... mas allá.
Aguardemos entretanto:
Resignémonos al yugo
Que al cielo imponernos plugo
En su querer sacrosanto.
Llevémoslo con dolor,
Con llanto triste y sincero;
Que si Dios es justiciero,
¡Ah! tambien es redentor...
Venid... Vamos al altar
A ofrecerle nuestras penas...
¿Quién sabe si las cadenas
Quiere por fin quebrantar?

(Éntrase en la iglesia, seguido de su acompañamiento y de una parte del pueblo. Los demás principian á separarse con señales de afliccion. Al oir á Bernardo se detienen. Este empieza á hablar desde su asiento. Despues se anima, y se levanta).

ESCENA II.

—

BERNARDO, RAMIRO, PUEBLO.

BERNARDO.

¿Quién sabe?... Quiere sin duda:
Que harto tiempo las llevais!....
Pero si nada intentais,
¿Cómo ha de daros ayuda?
¿Angeles ha de enviar
A que combatan por vos?
¡Qué vergüenza, vive Dios,
Lo que acabais de escuchar!
Yo soy libre como el viento,
Sin hija, amiga, ni hermana;
Mas tengo el alma cristiana,
Y cual vos la injuria siento.
Voces de dulce mentira
Nunca han hecho mella en mí;
Que el corazon late aquí,
Y el rostro se enciende en ira.
¡Cómo! ¿Vuestras hijas dais
Por no osar una batalla,

Y de esa impura canalla
Pasto infame las mirais?
Más bajos sois que la fiera
Que de esos montes desciende;
Ella sus hijos defiende;
Defiéndelos aunque muera.
Vosotros no osais alzar
La frente de envilecidos;
Pero escuchais los quejidos,
Y no os sentís desgarrar...
¡Bien! Proseguid de esa suerte:
Dad vuestras hijas al moro,
Por conservar vuestro oro,
O por miedo de la muerte.
¿Qué puede importarme á mí
Vuestra gloria ó vuestra pena?
Yo no arrastro la cadena;
Yo soy libre cual nací.
Por fortuna no es Leon
La sola tierra de España:
Hijo soy de la montaña,
Y es el bosque mi nacion.
Allí, entre riscos salvajes,
Al borde de los torrentes,
Ni el rubor sube á las frentes,
Ni se pagan vasallajes.
Allí se vive y se muere
Cual vive y muere la encina:
Ni un pagano nos domina,
Ni mano infame nos hiere.

—¿Hay alguno, por ventura,
Que aun sienta el pecho latir?
Que indignado quiera huir
De esta ciudad vil, impura?
Si los hay, yo los aguardo:
Allí tendrán acogida...
¿Hay alguno, por su vida,
Que seguir quiera á Bernardo?

UNO.

¡Bernardo! ¡Bernardo es!

OTRO.

No en balde nos animaba.

OTRO.

En Leon Bernardo estaba,
El valiente montañes!

RAMIRO.

No alguno te seguirá
Al monte que nos ofreces;
Que ni el monte tú mereces,
Ni volver debes allá.
Un ángel te trajo aquí,
Honra y prez de la montaña,
Pues la salud de la España
Hoy solo pende de tí.
Que no para vencer osos
Al cielo animarte plugo;
Mas para romper el yugo
De los paganos odiosos.
Tu voz nos infunde aliento,
Y tu nombre confianza:

Mira brillar la esperanza,
En vez del abatimiento.
Nuestro jefe, nuestro guía
Tú serás, jóven gallardo,
Y regidos por Bernardo,
Venga el moro y su ufanía.
Manda, ordena... A tu querer
Todos obedientes son...
Para salvar á Leon,
Habla... ¿qué habemos de hacer?

BERNARDO.

¿Y era menester mi voz
A romper la indigna calma?
¿Nada os grita vuestra alma
Contra el tributo feroz?

VARIOS.

Lo negarémos.

BERNARDO.

¡Negarlo!
Rásguese esa infame ley!

UNO.

¿Mas cómo obligar al Rey,
Si el Rey no quiere rasgarlo?

BERNARDO.

El Rey no puede querer
Lo que á su pueblo degrada;
Que su fama inmaculada
A él le toca defender.
Si el vilipendio sufrió,
Por vosotros lo ha sufrido:

Os hubieseis resistido,
Y no lo sufriera, no.
Que en su corona no echara
Baldon tan ignominioso,
Si en silencio vergonzoso
El pueblo no se humillara.
Y si echarlo en fin queria
Por temor indigno y vano;
Si el alto nombre cristiano
Cobardemente vendia;
Si porque no es padre él,
Y porque en su vida amó,
Vuestras hijas condenó
Á entregarlas al infiel:
Os hubierais vos alzado
Con valor, con ardimiento,
Y el pacto vil y cruento
Hubieseis despedazado.
Que el honor es alta ley,
Entre todas la mayor,
Y quien vende así el honor
Es un tirano y no un rey.

RAMIRO.

No: no es el Rey un tirano;
Que es honrado, es justo, es bueno:
Que aborrece al sarraceno,
Y ama á su pueblo cristiano.
Jamás, jamás ha querido
Lo que á la España degrada:
Si su fama está manchada,

No es él quien la ha envilecido.
Antiguo era ya el tributo
Cuando Alfonso entró á reinar:
Sobre otro debe pesar
La infamia de tanto luto.
Si él calló, todos callamos,
Mas él jamás lo pagó...
Hoy tan solo se pidió;
Hoy solo á llorar tornamos.

BERNARDO.

Pues bien: corramos á él
Hoy que se torna á pedir:
Nuestra voz hágase oir
En el momento cruel.
Y si acaso no la escucha,
Si á su pueblo desatiende,
Si vuestro honor no defiende
En santa y gloriosa lucha...
¿Qué necesitais, por suerte,
Seguir de Alfonso el pendon?
Salvarémos á Leon
Con la gloria ó con la muerte.
Y Dios que nos ve de allí,
Y penetra en nuestras almas,
Dios nos echará sus palmas,
Pues por él lidiamos...

TODOS.

¡Sí!

(Vánse en tumulto. Un momento antes han aparecido por el lado opuesto Almanzor é Ismael).

ESCENA III.

—

ALMANZOR, ISMAEL.

ISMAEL.

¿Comprendes, Almanzor?

ALMANZOR.

Lo he comprendido.

ISMAEL.

¿Y tu frente serena no se agita?

ALMANZOR.

¿Porqué se ha de agitar?... Gracias al cielo
El reino de los fieles no peligra.

ISMAEL.

¡Es la guerra tal vez!...

ALMANZOR.

Es la victoria...
Es el laurel glorioso, es la conquista
De estas montañas, que con triste mengua
Del árabe burlaron la osadía.
Lo que no hicieron Muza ni Abdalazis
En el ímpetu rudo de sus iras,
Lo que vosotros descuidásteis ciegos,
El cielo nos reserva en su justicia.

ISMAEL.

¡Tú la quieres tambien!... Tú, el digno, el santo,

El amigo, el teniente del Califa,
Que con voces de paz de su alto trono
A este rincon del mundo nos envia...
¿La guerra quieres tú que él aborrece?

ALMANZOR.

No á buscarla mi pié se precipita,
No á llamarla mi labio, ni en el pecho
Arde un volcan que á derramarla aspira.
Del reposo comprendo las dulzuras,
El ansia de la sangre no me anima,
Y en blando amor y en plácido sosiego
Puedo vivir con descansada vida.
Mas no aparto los ojos conturbados
Si un incendio los cielos ilumina,
Ni duda el corazon ni la voz tiembla
Si el orbe incierto al huracan vacila.
Ministro del Señor es la victoria:
Su mano eterna los valientes guía:
Él desnudó el acero del Profeta,
Y hundió en la nada la soberbia altiva
De mil pueblos y mil; Mémfis, Cartago,
Salem la santa, la sin par Sevilla.
Si el cristiano encerrado en estos montes,
Iludido de loca fantasía,
Quisiere guerrear, rompa en buen hora
El cordel que sus miembros martiriza:
Dios abrirá su mano, y en el polvo
Se perderá la raza fementida.

ISMAEL.

Oh! ¿quién sabe, Almanzor? Tanta braveza,

Tu juvenil y ardiente bizarría,
Te seducen quizá... Yo, mas cansado,
Distingo la ilusion que te fascina.
Tambien he sido yo como tú eres:
Tambien sobre estos pueblos mi cuchilla
Quise un tiempo blandir, segura el alma
De que á mis plantas prosternarse habian.
¡Dios no nos ayudó! Dios, de Pelayo
Afirmó la bandera maldecida,
Y como roca que la mar enfrena,
Por límite la puso á la conquista
De los hijos de Omar. Aquí rompimos,
Espumoso torrente, nuestras iras;
Aquí los vencedores de la tierra
Vencidos fuimos en tremenda lidia.
De Abderramen y Alcama los desastres...

ALMANZOR.

Cesa, cesa Ismael... ¡Triste delicia
Es rebuscar un punto de desgracias
En campo inmenso de fortuna y dichas!
¡Triste es el predecir eternos males,
Porque una vez se nos mostrase esquiva
La mano del Señor, quizá indignada
De nuestra vil y torpe cobardía!
De Abderramen y Alcama los desastres,
Lijero eclipse de lumbrera limpia,
Vengados han de ser: nuestros pendones
Deben lucir en la rebelde cima;
Y el leonés y el astur á nuestras plantas
Su frente han de postrar con ignominia.—

Fé, fé os faltó á vosotros, cuando un tiempo
Conservar su diadema deslucida
Dejásteis al infiel, pactando solo
El doloroso feudo que le humilla.
Del débil, del impuro Mauregato
Era fácil barrer la monarquía,
Cual barre el huracan en el desierto
Sus montones de arena movediza.
Tuviérais fé, y hundiérase en el polvo
Del godo la nefanda idolatría:
Tuviérais fé, y el nombre del Profeta
Resonara en los mares de Galicia...
No lo hicísteis empero. Perdonásteis
La estirpe condenada, incircuncisa
De los hijos de Hispan: solo un tributo
La impusísteis en nombre del Califa...
Yo vengo á reclamarlo. Vuestro pacto
No pretende rasgar esta cuchilla,
Por mas que aquí, en el pecho, fuego y brasas
Se enciendan en mi sangre enrojecida.
No le quiero romper; quiero exigirlo.
Pues con el feudo rescató la vida,
Compró la libertad, el feudo peche,
El vasallaje pague que la libra.
Sufran y lloren, pues vivir les plugo!...
Si otra lucha prefieren, si codician
Nuevas batallas, batallemos luego:
Arda la lid inextinguible, impía...
No á cien doncellas, sino al pueblo todo
Sus anchas puertas abrirá la Libia.

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y UNA DUEÑA, que salen de la iglesia, para dirigirse al palacio.—Los de la anterior.

SOL.

Ven, Sancha, ven... La voz de nuestro padre,
Su oracion que á los cielos se encamina,
El pecho llenan de inefable calma,
Y fuerzas dan á la angustiada vida.
No sé porqué, pero mi pecho espera...
¿Será inútil, oh Dios, tanta vertida
Lágrima, tanto luto, dolor tanto,
Como este pueblo á vuestros piés envia?

ALMANZOR.

Vano es, oh vírgen, si pedís con ello
Del godo levantar la raza antigua:
Estéril es, si demandais ilusos
Abatir del Profeta las insignias.
Habló el Señor: su voluntad suprema,
Con caractéres de diamante escrita,
Ni el humilde mortal eludir puede,
Ni el cielo mismo resistir podria...
Mas enjugad el llanto... ¿Qué, oh sultana,
Teneis vos que temer? Rosa y delicia

De estas regiones, si la suerte os lleva
Del claro Bétis á la hermosa orilla,
Delicia y rosa brillaréis en ella.
Para vos su pradera enflorecida
Tenderá abril: las auras de la tarde
Dulce objeto os harán de sus caricias:
De la Persia y la Arabia los aromas,
La púrpura y las sedas de la India,
El oro del Ofir, á vuestras plantas
Todo se ofrecerá como conquista
De esa divina luz, que en vuestros ojos,
Deslumbrando al mortal, al sol eclipsa.

SOL.

No hablaba yo con vos, cuando mi labio
Su pena y su esperanza descubria...
No os escucho esas bárbaras lisonjas,
Aun más acerbas que la muerte misma...—
Apartad.

ALMANZOR.

Permitid... (*Ofreciéndole la mano*).

SOL.

Loca insolencia
Vuestro ademan y vuestro paso indican,
Que si no mereciesen mi desprecio,
Ejemplar correccion merecerian.
¿Sabeis con quién hablais?

ALMANZOR.

Sé que una esclava
Es quien debe de estar ante mi vista:
Sé que esclavos del árabe sois todos:

Sé que la quise honrar: sé que atrevida
A mi atencion responde con insultos...
Sé que me ha de escuchar, por vida mia...
(*Asiéndola del brazo*).

SOL.

¡Favor! ¡Favor, cristianos!

ALMANZOR.

¡Llama, llama!...

SOL Y LA DUEÑA.

¡Favor!

ALMANZOR.

¡Aun no ha nacido quien lo impida!

ESCENA V.

—

BERNARDO, RAMIRO, PUEBLO.—LOS DE LA ANTERIOR.

BERNARDO.

Yo te lo impediré. (*Cogiendo del brazo á Almanzor.*)

ALMANZOR.

¿Tú?

BERNARDO.

Yo, pagano...
Yo, á quien el cielo en su poder destina
Para abatir tu orgullo... Yo: Bernardo...
¿Lo escuchas, musulman? ¡La frente humilla!...

ALMANZOR.

Muy arrogante estás...

BERNARDO.

Tú, muy osado.

ALMANZOR.

Yo puedo estarlo... (*Empuñando la espada.*)

BERNARDO.

La arrogancia es mía.

ISMAEL.

¡Almanzor! ¡Almanzor! (*Conteniéndole.*)

ALMANZOR.

Basta... En su tiempo
Volveré á desnudar esta cuchilla:
Verémos si á su brillo refulgente
Podeis, esclavos, levantar la vista.

BERNARDO.

En su tiempo esta mano que conoces
Refrenará de nuevo tu osadía;
Y blandiendo la espada de la patria,
Rayo será de vuestra raza indigna.

ALMANZOR.

¡Ay de tí, si en el campo te encontrare!

BERNARDO.

¡Ay de tí, si te ofreces á mis iras!

(Vanse todos: los moros por un lado; Doña Sol á Palacio y los cristianos acompañándola.)

Salon de Palacio.

ESCENA VI.

—

El REY, el OBISPO y ORDOÑO.

REY.

¿Inútil, dices?

ORDOÑO.

Inútil...
No cede de sus intentos.

REY.

¡El feudo pues!

ORDOÑO.

Vanamente
Mis palabras le ofrecieron
Las joyas de vuestra casa,
Los tesoros de este reino.
Ni la amenaza de guerra,
Ni la súplica y el ruego,
Nada vencerle han podido.
Orgulloso y altanero
Me rechazó. Del tratado
Solo pide el cumplimiento:
Las cien doncellas.

REY.

¡Así,
Guardados me tuvo el cielo
Tal baldon, oprobio tanto,
Para manchar mis cabellos!
Así, en vano por seis lustros
Hice justicia á mi pueblo,
Y veraces bendiciones
Sobre el sólio me siguieron;
Que al fin de mi larga vida,
Cuando el solemne momento
Se acerca ya, y el sepulcro
Abre su cóncavo seno,
En vez de piadoso llanto,
Y de doloridos ecos,
Maldicion y execraciones
Echarán sobre mis restos...
¡Qué horror!... Mas no: que mi nombre
Se conserve puro, ileso;
Y pues como rey vivimos,
Tambien cual rey acabemos. —
Ordoño, para lidiar
¿Qué fuerzas nos dará el reino?

ORDOÑO.

¿Para lidiar?... Vuestra Alteza
Sabe si yo lo deseo...
Mas desprevenido todo
Con tan larga paz tenemos:
Sin presidio los castillos,
Sin lanzas, sin ballesteros...

REY.

Y sin poder en los brazos,
Y sin valor en los pechos...
¿No es verdad? Cuando estas canas
Eran rizados cabellos,
Cuando esta barba de nieve
Era de azabache negro,
Jamás, jamás Don Alfonso
Pensó en contar sus guerreros.
Cuéntalos hoy, porque hoy
Los contrarios cuentan ellos.

ORDOÑO.

Yo, señor...

REY.

Vos sois soldado,
Sois godo, sois caballero...
Vos no faltaréis el dia
Que os llame el Rey.

ORDOÑO.

Sabe el cielo
Que jamás tembló mi espada
Al chocar con otro acero.
Sabe tambien si daria
Mi pobre vida contento,
Por anegar en mi sangre
De la patria el vilipendio.
Pero yo no basto. El moro,
Mintiéndonos largo tiempo
Traidora paz, para herirnos

Escoge el fatal momento.
Y en vano el alma quisiera...

REY.

¡Ordoño!

ORDOÑO.

¡Señor! mi celo...

REY.

¡Basta!... ¡Y teneis treinta años,
Y sois, vive Dios, mi deudo,
Y amais tal vez mi sobrina,
Que ser puede de las ciento!

ORDOÑO.

¡Doña Sol!... ¿Y á vuestra sangre?...

REY.

¡Y á la sangre de mi pueblo!...

ORDOÑO.

¡Doña Sol! ¡Oh!

REY. (*Al Obispo.*)

Mas en tanto
¿Ese funeral silencio
No rompeis vos?... De tal pena
¿No me aliviaréis el peso?

OBISPO.

Aliviarle, no lo sé;
Compartirle, os lo prometo:
Que en los momentos de angustia
A llevarlas no me niego...

REY.

¡Proseguid!

OBISPO.

Ante las turbas
He sido defensor vuestro;
Mas aquí en vuestra presencia,
Solo la verdad os debo. —
Rey Alfonso, de Pelayo
Llevais el pesado cetro,
Y la corona de espinas
Que le clavaron los cielos.
Muralla del Cristianismo,
Dios os concede el imperio
Para que salveis del moro
Los destinos de mil pueblos.
Mas éste, el que confiara
Su bondad á vuestro celo,
En equidad y en justicia
Debeis regirlo y tenerlo.
Pagar el feudo á Almanzor
Es quebrantar sus derechos:
Negarlo, y llamar la guerra
Con generoso ardimiento,
Imprudencia temeraria,
Que nos hunda en largo duelo.
Un medio queda. Tornad
Los ojos al Pirineo;
Ved el poder que se eleva,
Uno, fuerte, grande, inmenso,
Que desde Roma á Lutecia,
Desde el Garona á los senos
De la Germania, protege

Bajo su sombra cien reinos.
Llamad á Cárlos. No es mengua
A su defensa acogeros;
Que solo es mengua el delito,
Y el poder lo da el Eterno.
Llamadle, y negad al punto
Ese vergonzoso feudo:
Llamadle: su brazo fuerte
Ahuyentará al agareno.
Sed prudente con la Europa,
Sed justo con vuestro imperio,
Y vuestro imperio y el mundo
Os quedarán bendiciendo.

(Se oyen trompetas y rumor. Entra un Paje.)

EL PAJE.

El Embajador.

REY.

¡Dios mio!
¡Dios mio! Compadeceos
De vuestros hijos... Prestadme
Vuestra fuerza y vuestro aliento.
Aquí el tributo y la infamia...
Allí un poder extranjero...
¡Iluminadme, oh Señor,
Que en vuestras manos me entrego!... —
Venga el moro... Vos cuidad
Que el palacio quede abierto;
Y pues del pueblo se trata,
Entre á escucharnos el pueblo.

ESCENA VII.

—

ALMANZOR, ISMAEL.—El REY en el trono, el OBISPO, ORDOÑO, GRANDES, GUARDIAS, PAJES, PUEBLO por todos lados; entre él BERNARDO y RAMIRO.

ALMANZOR.

A tí, oh noble sultan de la montaña,
Que en el sólio te sientas asturiano,
Precioso resto de la antigua España,
Y del nombre custodio del cristiano:
A tí, el dominador de la campaña,
El fuerte, el vencedor, el soberano,
El Califa y señor de Andalucía
Salud y paz por nuestro labio envía.
No hay más Dios sino Dios. En su camino
El rayo le precede fulminante;
Marcha sobre ardoroso torbellino;
Habla, y retumba el trueno horrisonante.
Póstrase el cielo á su querer divino,
Y los ejes del orbe vacilante
Tiemblan á su ademan, y en sus asientos
Conmuévense sus hondos fundamentos.

Él inclinó su frente, y como arena
Fué á su soplo el imperio de Rodrigo.
Su mano abrió de maldiciones llena,
Y echólas en el godo por castigo.
Rayo que abrasa, y huracan que atruena,
La alárabe nacion trajo consigo,
Entregando á su fé, como trofeo,
Desde Calpe al nevado Pirineo.

Asturias quedó empero. Sí, quedasteis
Al lado del Titan que os amagaba.
Como junco entre encinas os doblasteis,
Así burlando la tormenta brava.
Mas si vuestra existencia conservasteis...
No sabe el mundo bien si libre ó esclava...
Pacto y convenio por vivir hicisteis,
Y al vencedor tributo le ofrecisteis.

Cien doncellas por feudo... Insigne muestra
De vasallaje humilde y dependiente:
Confesion clara de la gloria nuestra;
Ofrenda del Ocaso hácia el Oriente.
Por ese precio en desigual palestra
Alzar pudisteis la abatida frente;
Y doblando del árabe la saña,
Por él os fué dejada la montaña.

Yo lo vengo á exigir... Si en largo sueño
El leon mauritano adormecido,
O apacentado en lánguido beleño,
Su poder y su gloria dió al olvido;
Hoy vuelve á despertar... Él, vuestro dueño,
El tributo os demanda prometido.

Ved en mi mano de la paz la rama...
Mas mi voz las doncellas os reclama.

(Murmullos. Pequeña pausa.)

REY. (*Se levanta.*)

¡Pueblo astur, valerosos españoles!...
Escuchad de un anciano la palabra,
Que en largos lustros de virtud y gloria
Ilesa y pura conservó su fama.
Ni como Rey, ni como jefe os hablo:
Ménos hora que nunca, de esas vanas
Fútiles distinciones el ambiente
Puede, oh cristianos, embriagar el alma.
Si he partido mis dichas con vosotros,
Si he sabido llevar vuestras desgracias,
De un padre, de un amigo, de un hermano
Sentid las penas, y templad las ansias.
Al moro habeis oido... En vuestros pechos
Aun resonando está su voz infausta,
Cual carbon encendido que consume,
Como puñal agudo que desgarra.
Vuestras hijas os pide, vuestra sangre...
Y de antorcha infernal su diestra armada,
Con llanto y destruccion é incendio y muerte
A la afligida cristiandad amaga...
¡Pueblo astur, generosos españoles!
Bajo tan grave y ominosa carga
Inclínase mi frente, que estos hombros
Flacos, débiles son para llevarla.
¡Pagar el feudo yo, de vuestros brazos
Arrancaros las hijas adoradas,

Y entregarlas al árabe... ¡ oh, primero
El rayo del Señor sobre mí caiga !

PUEBLO.

¡ Viva el Rey !

REY.

Mas la guerra y sus horrores,
De vivo incendio las voraces llamas,
Hambre y esclavitud, dolor y muerte,
Eso, no os engañeis, eso os aguarda... (*Pausa.*)
Si lo temeis, si vacilais acaso,
Si templada no está vuestra constancia
Cual mi constancia está; si más prudentes
Quereis guardaros y guardar la patria...
Á mí, españoles, el piadoso cielo
Hijos no me otorgó... De esta dorada,
Punzante silla bajaré gustoso:
Quién vosotros nombreis venga á ocuparla,
Y Dios extienda su potente mano,
Y por él salve á la afligida España. (*Murmullos.*)

BERNARDO.

¡ Tened, por Dios, tened !... ¡ Más digno nunca
Has sido, oh Rey, de la diadema santa:
Más digno nunca del alzado trono,
Donde señor el español te aclama !
La voz del pueblo por mi voz escucha:
Del pueblo, que, movido á tu palabra,
Sus brazos, su vigor, su vida toda
Con enérgica fé pone á tus plantas.
No más mengua y baldon. Tú nos conduce
A donde crecen del honor las palmas:

Todos, por tí muriendo y por la gloria,
La libertad salvemos de la patria..
¿No es verdad, españoles? ¿No es el voto
Universal, que acabe la nefanda
Mengua del torpe, vergonzoso feudo,
Que con su sello horrible nos infama?

PUEBLO.

¡Sí; que acabe, que acabe!

BERNARDO.

¿No es el voto
Universal, que la bandera santa,
La Cruz del Redentor demos al viento;
Y en guerra inacabable, despiadada,
De un triunfo en otro triunfo, la plantemos
Allá de Calpe en la remota playa?

PUEBLO.

¡Sí: la guerra, la guerra!

RAMIRO.

¡La victoria!
¡O vencer, ó morir en la demanda!

BERNARDO.

¡Oyelo, oh Rey!... Al eco de tu labio
Responde de tu pueblo la palabra:
Si tú eres digno de regir su suerte,
Él es digno tambien de su Monarca.
Dios y la libertad tú pronunciaste;
Dios y la libertad el pueblo clama:
Tú el cetro dieras por salvar su vida;
Él dá su sangre por salvar tu fama.

REY.

Yo la acepto, españoles. Yo en la lucha
Seré el primero á desnudar la espada:
Donde brille mi acero, allí la gloria,
Allí el honor, la libertad se hallan.
Lo has escuchado ya. Dí á tu Califa,
Lo que responde á su insolencia España.

ALMANZOR.

Así, la guerra demandais ilusos...
Así, Dios oscurece en vuestras almas
La luz de la razon, y abre su mano,
Y al precipicio con fragor os lanza...
¡Santo y bendito su designio sea!
Escuchad, escuchad cómo sus alas,
Agitando el arcángel de la muerte,
En vosotros destila sus venganzas.
¡Ay, España, de tí! ¡Tus campeones
Pasto son de las aves sanguinarias:
Tus matronas plañientes en la Libia
So las tiendas del árabe se arrastran:
Y entre la hoguera y el dogal tus hijos,
Maldiciéndote á tí, la vida exhalan!

BERNARDO.

No, moro, no... La Cruz es la que vence:
El infierno á su vista se anonada:
Vuestro poder deshácese cual humo:
Vuestro Alcoran como la sombra pasa.
Ante la Cruz, de Córdoba y Sevilla
Se abatirán las débiles murallas;

Abrirá el mar sus ondas, y otro mundo
De su centro saldrá, para adorarla.
La Cruz es la que vence, compañeros.
Elevemos la Cruz por siempre santa...
Ella es nuestra salud y nuestra gloria:
En ella está la libertad de España!

PUEBLO.

¡Elevemos la Cruz! ¡ella es la gloria:
¡En ella está la libertad de España!

ACTO SEGUNDO.

Vestíbulo de la Catedral.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, que se dirige á la Iglesia; BERNARDO, que se le adelanta, y le ofrece agua bendita; UNA DUEÑA: detrás observando, JORDOÑO.

SOL.

Mil gracias os vuelvo á dar
Por tan galan cortesía.

BERNARDO.

Es prez de la suerte mia
Donde vos estais, estar.

SOL.

No puede el alma olvidar
Lo que una vez os debió.

BERNARDO.

¿Eso recordais?

SOL.

¿Pues no?...
Recordar y agradecer
Es de noble y de mujer,
Y noble mujer soy yo.

(Hace una cortesía á Bernardo, y se entra en la Iglesia, seguida de la Dueña.)

ESCENA II.

—

BERNARDO; en el fondo ORDOÑO.

BERNARDO.

Que recuerda y agradece,
Me dice ¡ oh cielos ! la Infanta...
¡ Voz que el ánimo levanta !
¡ Voz que el sentido enloquece !
¿ Por qué el alma se estremece ?
¿ Por qué tiembla el corazon ?...
¡ Despacio, imaginacion !
Conten tu rápido vuelo,

Que fuera escalar el cielo
Dar alas á esta pasion...
De lumbre y de fuego avara
Al sol el águila mira:
Su ardiente fuego respira,
Su lumbre ve cara á cara.
Pero el águila cegara
Al mirar luces tan bellas;
Porque tanto exceden ellas
Del sol al rojo arrebol,
Como excede el mismo sol
A la luna y las estrellas.
Es águila mi destino
De estos encumbrados montes,
Y en sus vastos horizontes
Vuela por ancho camino.
Pero ella es ángel divino
De region más elevada;
Y en la esfera inmaculada,
En donde brilla su lumbre,
Allá del cielo en la cumbre,
¿Qué puede el águila?... ¡Nada!—
¿Aquí vos? (*Volviéndose y viendo á Ordoño.*)

ORDOÑO.

Estaba aquí.

BERNARDO.

¿Y escuchásteis?

ORDOÑO.

Fuerza fué.

BERNARDO.

¿ Sabeis, pues?...

ORDOÑO.

Todo lo sé;
Como que todo lo oí.

BERNARDO.

¡ Vive Dios!...

ORDOÑO.

No hagais así
Ultraje á fama tan pura...
Sabed, por vuestra ventura,
Que esa luz que os deslumbró
En ella nunca brilló,
Y en vos es... solo locura. (*Se vá.*)

ESCENA III.

—

BERNARDO.

¡ Y le he escuchado acabar,
Y está mi espada pendiente!.....
¡ Oh! me ha escupido en la frente,
Y no he sabido matar!
¡ Ha podido pronunciar
Que es un delirio mi amor;
Y en vergonzoso estupor,

Como una estátua de hielo,
Ha enmudecido mi anhelo,
Ha callado mi valor!
  Mas ¿qué hacer?... Lo que él decia
Eso estaba yo diciendo:
Lo mismo que me está hiriendo
Oyó de la boca mia.
Si ardiente la fantasía
Soñó divina ventura,
Luego de la razon dura
Resonó la voz fatal,
Que me dijo por mi mal
Lo que él me ha dicho: — ¡locura!
  ¿Locura?... No, ¡Vive Dios!
Que es harto noble mi pecho,
Que el mundo le viene estrecho;
Que no le conoceis vos...
¡Locura!... No: entre los dos
Ese duelo se levanta...
Pues ¡vive Dios! que mi planta
Tan alta se ha de elevar,
Que he de poder contemplar
Sin deslumbrarme, á una Infanta. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y EL OBISPO. Salen hablando, de la iglesia.

SOL.

¿Así el ejército está?

OBISPO.

Resuelto, ufano, imponente,
Levantando audaz la frente
Que el laurel coronará:
Brillando á la luz del sol
Sus refulgentes aceros,
Como de bravos guerreros,
Honra del suelo español:
Pidiendo con noble fé
La lid de vida y de gloria,
Seguros de la victoria
Que patria á sus hijos dé....—
Es Dios que tendió su mano,
Y á Bernardo suscitó;
Dios, que en su pecho inspiró
La libertad del cristiano;
Y mostrándonos por ley
La norma de su virtud,
Al pueblo dá la salud,
Y afirma en su trono al Rey.

SOL.

¡Proseguid!...

OBISPO.

¡Viérais, oh Sol,
La que lumbre escasa fuera
Convertirse en alta hoguera,
Y arder el suelo español!
Viérais, cual de espesa lava
Raudo, asolador torrente,
Cundir la pasion ferviente
Que de su pecho brotaba:
Y pueblos, y campo, y montes,
Todo repetir su voz,
Que lleva el eco veloz
Por los anchos horizontes:
Y en toda robusta mano
Lucir desnudo el acero,
Y bendecir al guerrero
Mujer y niño y anciano:
Y del Duero á la montaña,
Con ardor que al mundo asombre,
Levantarse como un hombre
La gente toda de España!...
Al verlos, al contemplar
Tanto ardor, y valor tanto,
De puro y gozoso llanto
El alma siento inundar!
Y humillando mi razon
Al inefable consuelo,
Bendigo al piadoso cielo

Por la salud de Leon.—
Van á venir. Sus pendones
Quieren á Dios ofrecer,
Y en ellos van á caer
Mis humildes bendiciones.
¡Así pueda la victoria
Ceñirles su lauro hermoso,
Y vuelvan luego al reposo,
Cargados de inmensa gloria!

SOL.

¡Tan fecundo es el poder
De un corazon elevado!
¡Tanto el ánimo esforzado
Alcanza en el mundo á hacer!
¡Oh! ¡cuán grande, cuán sublime
Es volar á la alta cumbre,
Y ser el faro y la lumbre
De todo un pueblo que gime!
¡Cuán digno de envidia es
El que, elevándose allá,
Como un arcángel está,
Que mira el orbe á sus piés!—
Perdonad si de mi pecho,
Que tanta miseria vió,
El alma al labio salió,
Y el labio la vino estrecho.
Perdonad si se estremece
La agitada fantasía;
Y á la luz que el cielo envía
Tambien brota y se engrandece.

Vos me conoceis, señor,
Desde que al mundo nací:
Vos sabeis si guardo aquí
Admiracion y dolor.
En la triste soledad
Que me sigue y me rodea,
Dó omnipotente campea
La régia severidad;
Vos sabeis las ilusiones
Que mi espíritu formara,
Y cómo se apacentara
De fantásticas creaciones...
Soñaba yo... (pues soñado
Siempre lo juzgué en mi mal,
Y á tenerlo por real
Jamás hubiera aspirado...)
Soñaba yo que algun dia,
Vencida su infausta suerte,
Este sudario de muerte
Asturias sacudiria.
Soñaba un bravo guerrero,
Noble, generoso, rudo,
Que levantando el escudo,
Que desnudando el acero,
Brillante como la luz,
Vestido de pura gloria,
Condujese á la victoria
A los hijos de la Cruz.
Lo soñé... De su ilusion
Se apasionó luego el alma,

Y echó palma sobre palma
A su querida creacion.
Y mirándola tan bella,
En mi retiro profundo,
La espalda tornaba al mundo
Por vivir solo con ella:
Hasta que un golpe fatal
De la realidad austera
La fantástica quimera
Disipaba por mi mal...
Tal fué mi existir, señor,
Entre despierta y dormida:
Durmiendo hallaba la vida.
Despierta hallaba el dolor.—
Ved pues el gozoso empeño
Que me anima en este instante,
Cuando contemplo delante
La realidad de mi sueño...
Tambien hora, como vos,
La razon al cielo humillo,
Y en mi corazon sencillo
Tambien ¡ay! bendigo á Dios.

OBISPO.

¡Hija! ¡Sol!... ¡Oh desdichado!
¿Qué es lo que escucho, Dios mio!
¡Faltaba ese golpe impío
A este viejo infortunado!
¡Irresistible pasion
Que ya el palacio asolaste!...
¿Es posible que tornaste,

Para perder á Leon?
¡Pobre, pobre desgraciada!
¿Sabes lo que estás diciendo?
¿No adviertes el golfo horrendo
Do te pierdes anegada?
¡Sol! ¡Oh recuerdo infelice!

SOL.

Mas ¿qué os ha dicho mi labio?
¿A quién, sin saberlo, agravio?
¿Qué pecado, oh señor, hice?

OBISPO.

¡Pecar tú!... De la alta esfera
Eres ángel enviado:
Jamás hubo en tí pecado,
De España insigne lumbrera.
Mas tal vez un alma pura
Sube, elevándose, al cielo:
Y en derredor tiembla el suelo,
Y el mal su veneno apura.
Ese acento, ese mirar...
¡Oh! tú le amas...

SOL.

¡Yo!

OBISPO.

Á Bernardo...

SOL.

Y tan noble y tan gallardo,
¿Quién su gloria no ha de amar?

OBISPO.

Pero esa pasion, que así,

Naciendo, llena tu mente...

SOL.

¿No es digna? ¿No es inocente?
¿A quién, con tenerla, herí?

OBISPO.

¡Oh! dime... ¿la compartió
Bernardo? ¿Sabe tu afan?

SOL.

Bernardo es noble y galan...
Mas sé mis deberes yo.

OBISPO.

¡Bien, hija, bien!... Hoy forzoso
Es la verdad declararte:
Puedes ¡ay Dios! despeñarte
En un abismo horroroso.
En la copa de ese amor
El borde es puro placer;
Mas ¡ay si quieres beber!
Despues vendrá el amargor.
É inconsolable llorara
Mi criminal cobardía,
Si tu desdicha algun dia
A mi silencio acusara...

SOL.

¡Decid!

OBISPO.

La tremenda historia
De la infelice Jimena
De enseñanzas está llena...
Oye, calla, y tén memoria.—

Hermana de Alfonso fué,
Quien como hermano la amó,
Y Jimena le pagó
Con pura y sencilla fé...

SOL.

¡Tuvo una hermana!

OBISPO.

Entre tanto,
Lució valiente un guerrero,
Que mas noble caballero
No puso en el moro espanto.
Vióle Jimena brillar
En ostentoso torneo:
Siguió á la vista el deseo:
Siguió el ceder al rogar.
Al fin le dió el corazon,
Con aplauso de la España,
Que era bien digno Saldaña
De la Infanta de Leon.
Pero Alfonso... Roca dura
Cuentan que su pecho ha sido:
Que nunca blando ha latido:
Que jamás de la hermosura
Sintió el celeste fulgor:
Que nunca ardoroso amante
Rindió tributo anhelante
En los altares de amor...
Tú has visto la austeridad
Que aquí en palacio campea,
Cómo en él se enseñorea

La régia severidad...
Así fué entónces. En vano
Ella á sus plantas lloró:
En vano, humilde, imploró
Perdon del Rey y el hermano.
Que faltas de amor el Rey,
Oh Sol, perdonar no sabe:
Nada á su vista es tan grave:
Castigar... no hay otra ley.
Una toca consagrada
De ella veló la cabeza:
Él... ¡desdichada crudeza!
Fuéle la vista arrancada.

SOL.

¡Qué horror!

OBISPO.

Monja de Sion
Murió en el llanto Jimena:
Saldaña en dura cadena
Vive léjos de Leon.

SOL.

¡Qué horror! ¡qué horror!

OBISPO.

Piensa ahora
Si es justa el ansia que siento:
Considera si tu acento
Me es palabra aterradora.
Si al mirar tras de ilusiones
Correr tu agitada mente,
No ha de temblar quien prudente

Sabe el fin de esas pasiones.
Mariposa confiada
Vuelas en torno del fuego,
É ignoras que luego, luego,
Serás por él devorada.
Contempla ¡ay Dios! de Jimena
La suerte horrorosa, impía:
No maldiga yo este dia
En que he escuchado tu pena.
Y en tan acerba leccion
Empapando tu alma pura,
Llora, infeliz, tu hermosura,
Y guarda tu corazon. (*Entra en la iglesia.*)

ESCENA V.

—

DOÑA SOL.

Tuvo una hermana, que amó,
Y fué á morir ¡desdichada!
Bajo la toca sagrada,
Que su labio no pidió:
Y al que su pecho encendió,
Que de amarla digno era,
A quien la nacion entera
Cual héroe invicto aplaudia,

Arrancó la luz del dia,
Y vive en honda ceguera...
¡Oh confusion singular
Que turba mi pensamiento!
¡Oh infelice nacimiento,
Orígen de mi penar!
¿Qué me importa á mí el brillar
Con esta fútil grandeza?
¿Qué me importa á mí la alteza
De mi blason soberano,
Si una palma dá á mi mano,
Y una toca á mi cabeza?
Ya alguna vez hasta mí
Un eco sordo llegó,
Donde el Rey apareció
Como en este instante oí.
Yo, incauta, no lo creí,
É impostura lo juzgué:
Que al considerar su fé,
Su religion, su bondad,
Tan desmedida crueldad
Imposible contemplé...
¡Si se engañan! ¡Si su pecho
No es quizá como se dice!
¡Si él tambien, siendo infelice,
Siente su rigor deshecho!
¡Si en el trance duro, estrecho,
Que amenaza su corona,
Cuando la fama pregona
Su salvador en Bernardo,

Depone un rigor bastardo,
Y me escucha, y me perdona!
  Ilusion, ilusion vana,
Que mi sentido fascina:
¿Qué ha de hacer por su sobrina
Quien no perdonó á su hermana?
En la esfera soberana
No laten los corazones:
En las doradas mansiones,
Donde vivir es mi ley,
No hay ser hombre siendo rey;
Hay deberes, no hay pasiones.
  ¿Qué hacer, en fin, alma mia?
¿Qué hacer? Sufrir y penar:
A mi retiro tornar:
Vivir con mi fantasía.
Rómpase la venda impía
Que ofuscaba mi razon;
Y en esta triste prision,
Centro de mi desventura,
¡Llorèmos ¡ay! mi hermosura,
Guardemos mi corazon!

ESCENA VI.

—

Óyese una marcha militar que se acerca. LA DUEÑA que entra precipitada.—DOÑA SOL.

LA DUEÑA.

Ya vienen... Vedlos lucir...
Ved las banderas al viento...
¡Oh venturoso momento!
Corred á verlos venir...

SOL.

(¡Una toca consagrada
Veló su altiva cabeza!...
Ánimo ¡oh Sol!.. Tu nobleza
Viva y muera inmaculada!)

ESCENA VII.

—

EL REY, rodeado de GRANDES, PUEBLO, SOLDADOS. Delante de ellos, ORDOÑO, con un pendon encarnado, y en él un leon de oro; RAMIRO, con uno morado, y en él un castillo de plata; BERNARDO, con uno verde, y en él una cruz. EL OBISPO, rodeado del CLERO, asoma por la puerta de la iglesia.—DOÑA SOL, LA DUEÑA.

REY.

A vos, de mi reino glorioso Patriarca,
Del pueblo asturiano devoto Pastor,

A vos hoy dirige su acento el Monarca,
Luchando en su pecho la fé y el temor.
La espada tajante que el cielo me diera
Desnuda en mi mano se apresta á lucir:
Con ecos de muerte palpita la esfera;
Las tumbas cerradas se tornan á abrir.
Mas no me conducen pasiones livianas,
Ni agita mi mente fatal ambicion;
De cólera exentas se miran mis canas:
Las tierras que gozo bastantes me son.
Si el ángel de horrores, sus alas tendiendo,
De lloro y de espanto nos da la señal;
Si el grito de sangre difúndese horrendo,
Y brilla la lanza con brillo fatal;
Tu mente lo sabe, Patriarca glorioso,
Y el Dios que me escucha lo sabe á su vez:
Mi pueblo defiendo leäl y piadoso,
Sus bienes, su gloria, sus hijas, su prez.
Del cielo es la causa que todos servimos,
Por faro llevamos su espléndida luz,
Su nombre invocamos, su enseña seguimos,
Terror del infierno, de Cristo la Cruz.
¡Pues bien! Nuestras armas á vos os postramos;
Que caiga sobre ellas de triunfos el don:
Los régios pendones al suelo inclinamos;
Verted en sus pliegues feliz ben licion.
Que vuele con ellos la ufana victoria
Allá donde el Bétis se pierde en el mar;
Y luego, cargados de prez y de gloria,
Aquí, á vuestras plantas, se miren tornar...

ORDOÑO.

Del grande Alarico la enseña sagrada
Tenderse á los aires gloriosa ya ves,
En luchas sin cuento de lauros cargada...
Sus lauros, su gloria yo rindo á tus piés.
La goda nobleza, los héroes del polo,
Espanto de Roma, del franco terror,
Sus frentes soberbias bajando á Dios solo,
A vos, su ministro, demandan favor.

RAMIRO.

Las villas del reino, de España la gente,
Tambien su bandera presentan á tí:
Marchando al combate con ánimo ingente
Tambien á tus plantas la postran aquí.
Escucha, oh Prelado, la voz dolorida
De Oviedo y de Lugo, de Braga y Leon:
Derrama en sus pechos el aura de vida:
Derrama en sus frentes feliz bendicion.

BERNARDO.

Y yo, por los riscos, que nunca acataron
A cetro extranjero con tímida faz:
Y yo por las selvas que nunca escucharon
La pérfida magia de lengua falaz:
Del Cántabro insigne, de la alta montaña
Llevando los lienzos que azota aquilon,
Demando á tus preces valor para España,
Constancia en los pechos, laurel al pendon.
Que vuele con todos la ufana victoria
Allá donde el Bétis se pierde en el mar;

Y luego, cargados de espléndida gloria,
Aquí, do nacimos, nos miren tornar.

OBISPO.

Del Rey de los cielos la próvida mano
Encierra la suerte que al hombre guardó:
Doblar su cabeza le toca al cristiano...
¡Ay de él, si los vientos airado soltó!
Las pompas del mundo, valor, fortaleza,
Tesoros y gloria, que eternos creerás,
La prez de las armas, la antigua nobleza...
Son polvo, son aire, son humo no más.
Habló, y en un punto la goda pujanza
Allá, en Guadalete, se vió deshacer;
Y al árabe fiero, blandiendo su lanza,
Del mar de Galicia le vimos beber.
Lloramos, rogamos, cubrimos el suelo,
Ofrenda piadosa, de luto y dolor...
El llanto y las preces ya suben al cielo:
Su frente apacible nos muestra el Señor.
¡Bendito el que humilde sus ojos eleva
Al puro venero de gracia y de luz;
Que fé y esperanza por lábaro lleva,
Que sigue y acata la ley de la Cruz!
Marchad, oh guerreros! La Cruz os dirija
Al rudo combate del bárbaro infiel;
La fé, del Eterno magnánima hija,
Os sirva en la lucha de hierro y broquel.
Yo, pobre ministro del Rey de la gloria,
Bendigo las armas, bendigo el pendon.
Yo pido á los cielos os dén la victoria:

Yo pido que salven la triste nacion.
Rey, nobles, ciudades, gloriosa montaña,
Al Dios de las lides la frente humillad;
Y luego... el destino llevais de la España:
¡Salvad su destino, la España salvad!

SOL.

Del cielo clemente palabra piadosa
Despierta, oh guerreros, el santo valor:
Su brazo os sostiene, y en lucha afanosa
Su mano os prepara victoria y honor...
Mas ¡ay! si el destino con rostro sangriento,
Cual hizo otras veces, os torna la faz:
Si el árabe ufano, de estragos sediento,
Debela y humilla la hispánica häz;
No aquí, desgarrados los ricos pendones,
Y el llanto en los ojos, penseis en volver.
La muerte primero!... morir, campeones...
Mi voz os lo dice:—¡morir ó vencer!
Ni es vida la vida que en llanto y miseria
Por años sin cuento llevamos aquí:
Perezcan primero los hijos de Iberia,
Que sigan viviendo cual viven así!
Yo, pobre doncella, que inútil mi mano
No puede en las lides la lanza empuñar,
Yo pido á los cielos, á Dios soberano,
¡Primero la muerte que tanto penar!
Pidámoslo todos. La prez y la gloria,
Si el cielo piadoso nos dá su favor!...
Si el cielo nos deja, la eterna memoria...
¡Perdamos la vida, salvando el honor!

BERNARDO.

No, Infanta; no, nobles; no, pueblo asturiano...
Lanzad el recelo que os postra cruel:
Bernardo os lo jura, la espada en su mano;
Su estrella en los aires preságialo fiel.
Aquí, dentro el pecho, distinta, sonante,
El ánima escucha del cielo la voz.
« ¡ Bernardo!—me grita—¡ Bernardo, adelante!
» Al árabe postra su orgullo feroz! »
Y de eco tan santo llevada la mente,
Las hondas cavernas del monte dejé;
Y aquí, donde el pueblo lloraba impaciente,
Vosotros lo vísteis, ansioso bajé.
Calmad pues, señora, el llanto y la pena
Que empañan y anublan la tímida faz.
Por siempre está rota la antigua cadena:
No hay mengua ni sangre; hay triunfos y paz.
Yo haré, por mi vida, del cielo ayudado,
Las ondas del Bétis beber mi bridon;
Y el triple estandarte, de lauros cargado,
En júbilo y gozo tornar á Leon.

ESCENA VIII.

—

GARCIA, que pugna por abrirse paso, hasta que lo consigue, y se arroja á los brazos de BERNARDO.—Los DE LA ANTERIOR.

TODOS.

¡ Lo juramos! ¡ lo juramos!

RAMIRO.

Corramos á la batalla:
Cada instante que se pierde
Pierde de su vida España.

GARCÍA.

¡Dejadme llegar! ¡dejadme
Que yo me arroje á sus plantas!
¡Es mi Bernardo... es mi gloria...
Es la gloria de mis canas!
¡Bernardo! ¡Bernardo mio!

BERNARDO.

¡Mi padre!,.. ¡Padre del alma!
¡Vos vivo! ¡vos en mis brazos!
¡Oh felicidad colmada!...
Tres años sin vos...

GARCÍA.

Tres años
Que ruda cadena embarga
Mis piés, y lloran mis ojos
En cautividad infausta...

BERNARDO.

¡Qué horror! ¡cautivo!

REY.

(Es García...
No puede dudarlo el alma...
Y entónces él!...)

GARCÍA.

¡Cuánta pena
Allí la mente desgarra!
¡Cual tósigo en sus horrores

El corazon despedaza!
Que dejarte á tí, oh Bernardo,
En esas cumbres heladas
Donde te eduqué, dejarte
En la confusa ignorancia
De tu nombre y de tu estirpe,
Del destino que te aguarda,
Cual si fueses un villano
Hijo de las selvas bravas,
Y no corriese en tus venas
Sangre, como pocas, clara...
¡Oh! para tan dura pena
La resignacion no basta...

BERNARDO.

¡Qué me decís?

GARCÍA,

Hoy al verte
El pecho late y se ensancha;
Y cuando escucha tu nombre
Bendecido por las auras,
Y cuando vé esa bandera
Que así tu mano levanta,
Al supremo Dios del cielo
Rinde fervorosas gracias.
Mas esto que aquí, hijo mio,
Tu prez y tu valor ganan,
Que el Rey y el pueblo ignorantes
A tu mérito consagran;
Esto, Bernardo, si es gloria,
Esto, Bernardo, si es fama,

Aun de tu insigne linaje
A los méritos no iguala.

BERNARDO.

¿Qué decís?

GARCÍA.

No de un villano
Naciste, humilde prosapia,
No en las breñas de esos montes
El pecho abriste á las auras.
No eres mi hijo, en fin...

BERNARDO.

¡Dios mio!

GARCÍA.

¡Oh! no maldigas mis canas!
Escucha... Escuchadme todos...
Y vos, insigne Monarca, (*Poniéndose de rodillas.*)
A cuyos altos preceptos
Mi existencia consagrada
Fué; perdonadme si al plazo
Que Vuestra Alteza fijara
Para volverle la prenda
De su amor y de mis ansias,
Esa turba de bandidos
Me alejó de vuestras plantas.
Veinte años cumplidos eran
En nuestra salvaje estancia,
Y ni en virtud ni en nobleza
Nadie á Bernardo igualaba.
Entonces fué...

REY.

¡Bien, García!
Gozosa te escucha el alma;
Y lo que tú no dijísteis,
El Rey á decirlo basta. (*Levantándolo.*)
¡Sabe el cielo que en mi pecho
Hoy un bálsamo derramas!
¡Sabe que placer mas puro
No ha latido en mis entrañas!—
Leoneses, vuestro Bernardo
Es el hijo de mi hermana...

TODOS.

¡Bernardo!

REY.

Á quien lloré muerto,
Y que hoy mis brazos aguardan.

SOL.

¡Cielos!

BERNARDO.

¡Gran señor! (*Queriendo arrodillarse.*)

REY. (*Impidiéndolo.*)

No... nunca.
No consentiré á mis plantas
Mirar al que es de mi sangre,
Y que mi corona salva. (*Lo abraza.*)

BERNARDO.

Señor, en tan alta esfera
Se turba la vista vaga,
La mente se desvanece,
Tiembla el pecho y el pié falta.

Que si bien el corazon
Latidos de gloria daba,
Y la ardiente fantasía
Tendió á los vientos sus alas;
Es al cabo mucha altura
La que una corona guarda,
Donde cien pueblos cristianos
Sumisos la vista clavan...—
¡Dejad que corra la sangre
Que aquí, en el pecho, se estanca:
Dejad que el mundo de ideas
Se ordene que me arrebata:
Dejad que mi labio ponga
En vuestra mano su estampa!

PUEBLO.

¡Viva el príncipe Bernardo!
¡Viva por edades largas!

BERNARDO.

Y hora, señor, que á tal punto
Vuestra dignacion me ensalza;
Hora que me colocais
Del trono sobre las gradas:
Decídmelo en fin... Mis padres
¿Quiénes son? ¿Dónde se hallan?
¿Viven? ¿do puedo adorarlos?
¿Murieron? ¿dónde descansan?

REY.

La infanta Doña Jimena
Y Don Sancho de Saldaña
Tus padres son... Mas, Bernardo,

No querais rasgar la opaca
Nube, que sobre su suerte
Ha echado el bien de la patria...
No existen. Su ilustre nombre,
De su nobleza la fama,
Los deberes de su sangre,
Y el amor de su Monarca,
Eso os dejaron... Bernardo,
No es el Rey quien hora os habla;
Es un deudo cariñoso,
Que os recibe y os abraza.
Básteos saber vuestra alcurnia,
Básteos quererla y honrarla,
Básteos ser príncipe insigne
De la familia de España;
Y no penetreis misterios
Que, si se tocan, abrasan.

BERNARDO.

¡Murieron!... No es ya posible
Besar sus queridas plantas!
¡No podré estrechar sus manos,
Ni en mi frente colocarlas!
¡Murieron!... ¡Tal vez al hijo
Al fenecer invocaban,
Que esos montes recorria
Libre y suelto en su ignorancia!

GARCÍA.

¡Bernardo!

BERNARDO.

¡Quitad... dejadme!

Vuestro silencio es la causa
De mi mal : vuestra impostura
Es el áspid que me mata ;
Y ese amor que os he debido ,
Maldice y detesta el alma !

GARCÍA.

¡ Bernardo ! ¡ Bernardo ! ¡ Oh, cielos !

BERNARDO.

Perdonad de mis palabras
La dureza : en tal instante
Delira la mente insana. —
Seamos hombre.—Perdonad
Tambien, oh Rey, esta flaca
Ofrenda, que el triste pecho
A tal memoria derrama.
Hora vos, Señor, mi padre
Sois no más, y esa montaña,
Que en sus robustos arrullos
Vida y fuerza dió á mi infancia.
Si ántes por vos y por ella
Este pecho palpitaba ;
Si antes mi brazo y mi mente
El ánimo os dedicara ;
De hoy más con mayor esmero
A ella y á vos los consagra ,
Y en vuestro eterno servicio
Cifra toda su esperanza. —
Marchemos, pues : que el alarbe
Sienta el rigor de las lanzas
Españolas, y que el mundo

Llenen nuestro nombre y fama.
En ellos cebe Bernardo
La cólera que le exalta,
En ellos vengue el acero
De su suerte la desgracia,
Y ellos postre por despojos
De su señor á las plantas!...

ESCENA IX.

—

LOS DE LA ANTERIOR, y UN MENSAJERO.

VOCES.

¡Plaza, plaza al mensajero!

MENSAJERO.

A vuestros piés, gran Señor...

REY.

¡Bermudo, el Batallador...
Alzad, mi buen escudero!
¿Qué nuevas?

MENSAJERO.

Nuestra frontera
El alárabe ha pasado.

REY.

¿Adónde le habeis dejado?

MENSAJERO.

En Santorcaz nos espera.

REY.

¿Son muchos?

MENSAJERO.

Muchos á fé,
Que no los pude contar...
Parecen olas del mar...

GARCIA.

Yo, señor os lo diré.
Prófugo de sus prisiones
Aquí á vuestros piés me hallo...
Son treinta mil de á caballo,
Y tres tantos de peones.

REY.

¿Quién los dirige?

GARCIA.

Almanzor.

MENSAJERO.

Y es su espada rayo impío.

OBISPO.

¡Llegó el momento, Dios mio!
Dadnos, pues, vuestro favor.

REY. (*Sacando la espada.*)

A cumplir nuestro deber...
¡Hijos! de todos lo aguardo.—
Ved vuestro jefe... (*Señalando á Bernardo.*)

TODOS.

¿Bernardo?

REY.

¡A combatir!

BERNARDO.

¡A vencer!!!

ACTO TERCERO.

Galería baja en el palacio de Leon. A la izquierda una puerta que da á la plaza: á la derecha, entrada á las habitaciones: en el frente un jardin. Es de noche. La escena estará colgada de guirnaldas de flores, é iluminada como de gran fiesta.

ESCENA PRIMERA.

Se oyen por la izquierda aclamaciones populares de júbilo. Muchos gritos de *viva el Rey* y *viva Bernardo*. EL REY y El OBISPO entran rodeados de muchedumbre de PUEBLO.

REY.

¡ Bien !... Mas primero acatad
Al que es Señor de la gloria...
Despues, tan alta victoria
Con júbilo celebrad.

De contento y de placer
Es digno un pueblo cristiano,
Que con la espada en la mano
Supo lidiar y vencer.

PUEBLO.

¡Viva el Rey!

REY.

Con justa ley
Me paga ese acento amigo:
Tambien sabeis que yo digo:
¡Viva el pueblo!

PUEBLO.

¡Viva el Rey!

(El pueblo se retira poco á poco por la izquierda.)

ESCENA II.

—

EL REY y EL OBISPO.

OBISPO.

Así, la España respira
En el trance do se halla...

REY.

Mas fué horrible la batalla;
No fué valor, que fué ira.

OBISPO.

¿Muy grande la mortandad?

REY.

Tales triunfos no dé Dios...
Uno basta, que á otros dos
Perece la cristiandad.

OBISPO.

¿Todos cumplieron?

REY.

Sí, todos.
Como refulgentes soles
Brillaron los españoles,
Compitiendo con los godos.
Alzó Ordoño su blason,
Cual pudiera el más gallardo;
Y Bernardo... mas Bernardo
No es un hombre, es un leon.

OBISPO.

Suya la prez de la lid
Todo el ejército aclama.

REY.

Sí: no hay fama con su fama,
Ni con él hay adalid.

OBISPO.

Dios con su piadosa mano
Nos reservó tal ventura...

REY.

Y el alma bendice pura
Su insigne don soberano.

OBISPO.

¿Y vos?

REY.

Yo le colmaré
De los más justos favores:
Yo del cetro los honores
En su blason verteré.
Nadie más alto será
En los términos de España:
Desde el Duero á la montaña
La nacion le adorará;
Y cuando á la luz del dia
Cierre mi vista impotente,
Yo colocaré en su frente
La régia corona mia.

OBISPO.

Mas hora, oh Rey... Perdonad
A quien os ama cual yo...
¿Me permitís?...

REY.

¿Porqué no?
Hablad como siempre, hablad.

OBISPO.

No por brillantes favores
Tal vez su pecho se afana:
A su altura soberana
Son humo tales honores.
Un premio digno, reäl,
Podeis otorgarle vos...
¿No me comprendeis?...

REY.

Por Dios,
¡Quisiera entenderos mal!...

OBISPO.

No importa: vuestros enojos
A arrostrar me determino...
Yo, señor, á vos me inclino
Con lágrimas en mis ojos.
No es esta la primer vez
Que compasion os pedí
Para el que léjos de aquí...

REY.

¡Mirad que hablais á su juez!

OBISPO.

No le defiendo. No dice
El labio que fué inculpable...
Pídoos no ser implacable
Con quien es tan infelice.
Dios, el soberano Sér,
Tambien se apiada y perdona:
Vos llevais una corona,
Y como él debeis hacer.
Veinte y cinco años son ya
Que gime en prision oscura;
Baste con pena tan dura:
La falta purgada está...
Y luego... bien de Bernardo
Tal premio el valor merece.
Por quien al moro estremece:
Por quien resuelto y gallardo

Vuestro cetro afirma así,
Que á la España despertó,
Y que en Santorcaz venció...
Haced lo que os pido aquí.
Vísteis el filial amor
Que agita y arde en su mente...
Premiadle siendo clemente:
Dadle á su padre, señor!

REY.

Os he dejado acabar
Conociendo vuestra fé:
Respetándola, veré
De templarme y contestar.
Y ni recordaros quiero
De Sancho el crímen impío,
Ni cómo fué al sólio mio
Traidor y mal caballero.
La sentencia que dicté
Hija fué de mi conciencia:
Si fué dura la sentencia,
De ella á Dios responderé.
Él verá si fué razon
Penar con severidad
Una infanda liviandad
En la casa de Leon...
Yo os juro que lo que allí
Hice en el tremendo dia,
Desgarrada el alma mia,
Hoy lo repitiera aquí.—
Mas hora, me decís vos,

Perdonad como juzgásteis...
Obispo, vos olvidásteis
Cuál está el Conde, por Dios.
¿No sabeis que de sus ojos
Se arrancó la luz del cielo?
¿A quién ha de dar consuelo?
¿No dará mas bien enojos?
Bernardo muerto le cree,
Ley comun del mundo todo:
Volvérselo de ese modo
No fuera premiarlo, á fé.
¿Quereis desterrar la calma,
Y hacer tal volcan su pecho,
Que mi reino venga estrecho
Al incendio de aquel alma?
Dejad á Sancho dormir
Allá en su prision oscura:
Dejadle su falta impura
Con su llanto redimir.
Tres personas, y no más,
Que aun vive el Conde sabemos:
A ninguno lo dirémos...
Pero á Bernardo...

OBISPO.

¡Jamás!

REY.

Lo sé: plena confianza
Siempre en vos he colocado:
Vos siempre me habeis pagado,
Aun mas que fué mi esperanza.

Mas escuchad lo que os digo,
Y, por Dios, no lo olvideis...
Jamás de Sancho me hableis,
Si es que quereis ser mi amigo.

(*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

—

EL OBISPO.

¡Duro, implacable rigor!
¡Virtud adusta y severa
De quien jamás conociera
Filial ni paterno amor!
Ese argumento es error
Que engaña vuestro sentido:
¡Si hubiéseis vos conocido
Tan dulces estrechos lazos,
Viérais ¡ah! que en tales brazos
Todo mal se dá al olvido!...
Le penásteis con crueldad
En momentos de pasion;
Y hora vuestra misma accion
Os estorba la piedad...
¡Nunca Dios, en su bondad,
Os juzgue con tal crudeza;
Y cuando vuestra cabeza

Dobleis humilde ante él,
Recuerde que fuísteis fiel,
Y olvide tanta dureza! (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA SOL y BERNARDO. Vienen del jardin, cada uno por su lado, y se encuentran al llegar á la escena por el foro.

BERNARDO.

¡ Pláceme hallaros!

SOL.

Tan bella
Estaba la noche pura,
Compitiendo en hermosura
Tanto fuego y tanta estrella,
Que sola al jardin bajé
Á gozar sus auras leves,
Y como momentos breves
En él las horas pasé.

BERNARDO.

Así, con empeño vano
Os buscaba mi porfía,
É impaciente recorria
El alcázar soberano...

SOL.

¡Cómo! ¿Me buscábais?

BERNARDO.

Sí.

¿Podeis extrañarlo vos?
Pues ¿á quién quereis, oh Dios,
Que busque Bernardo aquí?
En este recinto estrecho,
Do se ahoga mi palabra,
¿A quién quereis que yo abra
Los misterios de mi pecho?
¿Quién puede en él penetrar
Sinó vos, y quién su pena
En calma dulce y serena
Sinó vos puede tornar?

SOL.

Yo me complazco tambien
En veros... deuda y amiga...

BERNARDO.

¡Oh! que vuestro labio siga...
Mas no con ese dèsden!

SOL.

No hay desden en mi expresion,
Sinó afecto muy sincero.

BERNARDO.

Afecto, me decís... pero...
(¡Afecto... Y en mí pasion!—)
Escuchadme... Largos dias
Mi secreto devoré:
Largo tiempo le enterré

Bajo mis horas sombrías.
¿Quién era yo ¡desdichado!
Para alzar tanto mi vuelo,
Que osase tocar del cielo
Al alto sólio vedado?
Del monte un engendro impuro...
Que fieras solo domó,
Príncipe que coronó
Sin mérito el hado oscuro...
¡Oh! para elevar mi frente
A tan espléndida gloria
Me faltaba la victoria,
Con su diadema fulgente.
Ya la tengo... su esplendor
Me hace ya digno de mí...
¡Escuchadme, pues, aquí,
Ángel puro del Señor!—
Escuchadme... A vuestros ojos,
Que deslumbrado contemplo,
Teneis el mas triste ejemplo
Del amor y sus despojos.
Yo, que con audacia fiera
Su poder desafiaba,
Que sus esclavos burlaba
Con vanidad altanera:
Que viendo desde la orilla
De naufragios lleno el mar,
Me jactaba de llevar
Hasta el puerto mi barquilla;
Yo... bajo la comun ley

Miradme por fin postrado,
Y al niño traidor, vendado,
Proclamando dueño y rey.
Un momento me venció:
El alma soberbia y ruda,
De sus defensas desnuda,
A vuestras plantas cayó;
Y el que dejó la montaña,
De patrio amor impelido,
¡Ah! por otro amor rendido
Corrió luego á la campaña.
Lo confiesa mi rubor:
No era de España la suerte
Quien en los campos de muerte
Inspiraba mi valor.
Fué vuestro nombre la estrella
Que me condujo á la gloria:
Si conseguí la victoria,
Déboselo solo á ella.
Á vos, lábaro divino
De la mente arrebatada;
A vos que teneis fijada
La rueda de mi destino;
A vos, que cobarde huia
Cuando os miraba presente,
Y que apartado y ausente
En el corazon sentia!
Por rendirlo á vuestros piés
Tras de ese laurel corrí:
¡Oh! recibidlo de mí!

Recibidlo... vuestro es.
Y si no desdeña el alma
La ofrenda de quien la implora,
Débaos Bernardo, señora,
Más bella, más digna palma.

SOL.

Bernardo, de vuestro amor
La ofrenda pura y sincera
Es corona que excediera
Al mas alto resplandor.
Mas tened piedad de mí!...
Jóven, sencilla, inocente,
Me mirais... ¡Oh! ¡no mi frente
Querais encender aquí!
Como amiga, como hermana,
El alma ya os contempló:
Héroe tambien os llamó
Con admiracion ufana.
Cual defensor de la Cruz
A la lid habeis corrido;
Y mi mente os ha seguido,
Deslumbrada en vuestra luz.
Mas no querais empañar
Lo puro de vuestra gloria:
De España fué la victoria;
¡Dejadla sin rebajar!...
Y ved que si Doña Sol
Vuestra palabra ha escuchado,
Es porque habeis elevado
Al cielo el nombre español.

BERNARDO.

Yo os juro que le pondré
Tan alto, y digno, y brillante,
Que á una esfera se levante
Do ninguno llegue, á fé.
Yo os juro que aquesta espada,
Terror de la gente mora,
Que ya lució como aurora
De la libertad sagrada,
Raudo cometa, espantoso
Rayo que aturde y que quema,
Nuestra cristiana diadema
Llevará al Bétis undoso.
¿Qué no podrá mi valor,
De la montaña torrente,
Si en su ímpetu fiero, ingente,
Lo ilumina vuestro amor?
¡Oh! mostradme de esa gloria
Un lucero de esperanza,
Y pedidme cuanto alcanza
El poder de la victoria.
Responded á mi pasion,
Calmad mis ánsias crueles,
Y yo inundaré en laureles
El palacio de Leon.

SOL.

Bernardo, cuando nací
Sola en el mundo me hallé,
Sin mis Padres me crié,
Y sola me encuentro aquí.

Pero sobrina del Rey,
Que cuanto puede me amó,
Por Padre le tuve yo,
Y su querer fué mi ley.
Harto os he escuchado ya,
Y no sé si bien he hecho:
Ha sido culpa del pecho...
No me pesa, que hecho está.
Mas no consiente el deber
Que por más tiempo os atienda:
Desgarremos esta venda,
No vayamos á caer.
Nuevo en el palacio vos
No conoceis sus rigores:
Aquí pláticas de amores
Son peligrosas, por Dios.
Es la regia voluntad
La que todo en él ordena;
Y yo, de respeto llena,
Me humillo á su autoridad.
Y pues que el Rey os amó
Tanto, y pues que sois tan grande,
Mirad vos lo que el Rey mande,
Que eso, Bernardo, haré yo.

(Vase por la derecha. Momentos ántes ha aparecido Ordoño por el frente. Bernardo no le ve sinó despues de los primeros versos de la siguiente escena.)

ESCENA V.

—

ORDOÑO.—BERNARDO.

BERNARDO.

Lo mandará... lo mandará!.. Lo juro
Por la belleza que en sus ojos arde,
Por el amor que mis sentidos turba,
Por el nombre sagrado de mi Padre!...—
¡Vos, Ordoño, otra vez!... ¿Tambien ahora
Apareceis aquí para escucharme?

ORDOÑO.

Tambien os he escuchado. Vuestra suerte
De una y otra ilusion testigo me hace,
Para que rompa las espesas nubes,
Y la dura verdad siempre os declare.
Yo soy vuestro rival. Por largos años
Esas angustias que en el seno os laten
He conocido yo: por largos años
Veneno tan mortal llevo en mi sangre!
No sé si Doña Sol á mis ardores
Ha de corresponder: sé que su imágen
Grabada está en el pecho, y que es inútil
Pretenderla borrar sin desgarrarle.

BERNARDO.

Tengo yo espada, que lo hará.

ORDOÑO.

¡Bernardo!
Moderad de esa cólera el alarde.
No jactancioso de poder y gloria
Tan alto vuestro acento se levante:
Sois bravo, sí; pero tambien mi diestra
El hierro destructor manejar sabe.

BERNARDO.

Luego será.

ORDOÑO.

Tened... La vez primera
No es esta que os provoco, en otro instante
Os ha hablado mi voz, y ya tuvísteis
Harta paciencia en él para escucharme...

BERNARDO.

Tanta fué vuestra audacia en aquel punto,
Tan alto me juzgué, me ví tan grande,
Y tan pequeño á vos, tal de la patria
Sonaban el quejido y los desastres,
Que me pude imponer duro silencio,
Y al desprecio entregar vuestros desmanes.
Sobrino luego del Monarca, alzado
Al esplendor excelso de mi sangre,
El príncipe Bernardo no vengara
De Bernardo el del pueblo los ultrajes.
Nunca de ello os habló... Mas pues ahora
Vos mismo habeis querido recordarle
Vuestra nécia jactancia; pues que ahora

Su nobleza al leon le reprochásteis;
Sabed que la melena ya sacude,
Que ya su corazon se enciende y arde,
Y, el rujido de muerte en su garganta,
Sobre vos, infeliz, corre á lanzarse.

ORDOÑO.

Un momento tened... Ya las espadas
Con rudo choque incendiarán los aires;
Que el que allí señaló vuestra locura,
No esconderá su rostro en el combate.
Mas escuchad sin prisa. En vuestro seno
Este acero tambien clavar me place,
Que en mataros el alma me deleito,
Antes que el cuerpo con mi espada os mate.
Vencido ó vencedor, nunca la mano
De la Infanta aguardeis: nunca elevarse
Espere al régio trono, quien naciera,
Como nacísteis vos, de impura sangre.

BERNARDO.

¡Mientes, Ordoño, mientes!...

ORDOÑO.

De locura
Tu necio intento motejara enántes,
Cuando de la montaña descendido,
En sus nieblas velabas tu linaje...
Hora que España le conoce toda,
De locura mayor puedo acusarte.

BERNARDO.

No fué placer, fué pena, á mi nobleza
Descubrir de mi cuna los azares;

Que el valor que en el pecho se encendia
Bastaba ¡ vive Dios ! para elevarme.
¿ Piensas que soy cual tú ? ¿ Piensas que invoco
De cien abuelos la velada imágen ,
Para que el lustre que sus frentes orna
En mi desnuda frente se derrame ?
¡ Oh ! no... Su corazon basta á Bernardo :
Bástanle de su espada centellante ,
Terror del moro , de la España gloria ,
Las hazañas , los lauros inmortales.
Si grandes otros sois por vuestra herencia ,
Por sí , solo por sí , Bernardo es grande :
Hijo de la montaña ó del palacio ,
Mas que todos vosotros siempre vale.

ORDOÑO.

¡ Oh ! no me has comprendido... No mi labio
De tu incógnito orígen hace alarde ,
Ni te llama *villano*, cual un dia.
De villano pudieras elevarte :
Fueras honrado , en fin... Mas hoy , *bastardo* ,
Vil es tu condicion , vil es tu sangre.

BERNARDO.

¡ Horror ! ¡ horror y muerte !

ORDOÑO.

Ya la espada ,
Sedienta de matar, se agita y arde ,
Y á la venganza que mi voz principia
Sus destellos serán tristes fanales.
Sí , *bastardo* : el desprecio de la España
Sobre tu frente maldecida cae ,

Y si vencido espérate la tumba,
Vencedor te condeno á sus ultrajes.

BERNARDO.

¡Maldicion! ¡maldicion!... Venid, Ordoño:
¡Pedid al cielo que vuestra alma salve!

(*Se van precipitadamente por el jardin.*)

ESCENA VI.

—

El REY, que sale escuchando por la derecha.

Pensé escuchar... Fué engaño... Nada, nada....
La noche que se escapa silenciosa...
Aun del pueblo la turba, retirada,
Busca el sosiego ya, duerme y reposa.
Solo yo en el espíritu agitado
Verter no puedo la tranquila calma.
De mis pueblos esclavo coronado,
¿Quién, santa paz, te inspirará en el alma?
Hemos vencido, sí: del alto cielo
Nos sostuvo la mano prepotente:
Cubierto de cadáveres el suelo,
Huyó á sus muros la africana gente.
¿No volverán? El ancho Mediodía
¿No romperá otra vez la angosta valla,
Y sus hijos de inmensa nombradía
No lanzará otra vez á la batalla?...

Mucho puede la espada de Bernardo:
Mucho alcanza la fé que nos domina:
Mucho de un pueblo vencedor aguardo,
Si benigno el Señor su frente inclina...
¡Bernardo!... Yo no sé si mi entereza
Es pasion ó justicia: recelosa
Considera la mente su dureza...
¿Le debo perdonar?... ¡Duda horrorosa!
Tal vez... tienen razon... mezclar su llanto,
Abrazar á quien muerto se creia,
De la tumba romper el triste manto,
Tornar sus presas á la luz del dia...
Tal vez, tienen razon: á tanta gloria
Ningun otro placer quizá se iguala;
Y del mal padecido la memoria
Huye cual sombra, cual vapor se exhala...
Fuí duro con Saldaña, inexorable...
¡No conmigo el Señor así lo sea!
No su eterna justicia inescrutable,
Como ellos me miraron, yo la vea!
En el silencio de la noche oscura,
Solo, ante mi conciencia colocado,
¡Cuántas veces la infanda desventura
Con llanto de mis ojos he llorado!
Y hora, por fin, ¿qué hacer?—Doliente el pecho
Combaten mi piedad y mi decoro...
Cien pueblos diera por borrar lo hecho...
Mas deshacerlo ¡oh Dios!... tu auxilio imploro!
¡Duda que me consume y me anonada!
Que en vano agito y resolver aguardo!...

Querer y no querer... y al cabo... nada!
¡Desdichado de mí! ¡Cielos!... Bernardo...

ESCENA VII.

—

BERNARDO, muy agitado, sale con la espada en la mano. Al ver al Rey, la envaina.—El REY.

BERNARDO.

Os encuentro aquí, señor,
Y de encontraros me gozo...
Perdonad...

REY.

Mas ¿qué te agita?
¿Qué afan demuda tu rostro?
¿Porqué el acero en la mano?...
Aquí no se encuentra el moro...

BERNARDO.

Lo sé... El moro en las batallas
Combate con franco enojo;
En los palacios se hiere
Por detrás, como alevosos.

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

De mis palabras
Dispensad el eco bronco:
Siempre á vuestras plantas regias
Súbdito y deudo me postro.

REY.

Pero, en fin...

BERNARDO.

Cuando los brazos
Me tendisteis cariñoso,
Cuando mi humildad alzasteis
Hasta las gradas del trono,
Y el ejército cristiano,
Grande, fuerte, noble, heróico,
Me confiábais, ¿pudo nunca,
Vuestra lealtad, Rey Alfonso,
A la injuria de un cobarde
Entregarme con desdoro?

REY.

¿Qué decís?

BERNARDO.

¡Perdon de nuevo!...
Sabeis vos, y saben todos
Que contento en mi llaneza,
Siendo mi cuna los troncos
De la montaña, arrullado
Por sus vendabales sordos,
La púrpura de los reyes
Humo, nada, era á mis ojos.
Vos me alzasteis: vuestro labio

Me dijo que cabe el solio
Naciera, de vuestra sangre
Vástago insigne y glorioso.
Yo os pregunté por mis Padres;
Y vos con solemne tono
Me ordenásteis el respeto
Hácia un misterio que ignoro.
Os obedecí. De entónces
Al rudo combate pronto,
Salvando vuestra corona
De los embates del moro,
Exaltando de la patria
El renombre esplendoroso,
Las vendas de ese misterio
Ni he levantado, ni he roto.
Mas esta noche... ¡Oh! la lengua
Se entorpece, y en mi rostro,
Que tal infamia azotara,
De rubor se enciende un horno...
¡No más necia confianza!...
No más culpable abandono!
Rásguese el misterio, y entre
La vista en sus senos hondos.
¿Quién soy yo? ¿Qué de mis padres
Cuenta el vulgo malicioso?
¿Qué secreto es el que miro,
En que me pierdo y me ahogo?
¿Porqué, si bajo el amparo
De vuestro potente trono
Nací, mecieron mi cuna

Las frescas auras de un soto?
¿Porqué cual padre á García
Me disteis, señor, vos propio,
Y cual villano nacido
Me mostraron á mis ojos?
¿Porqué un lustro y otro lustro,
En aquellos antros hoscos,
Compañero de los ciervos,
Rival de los fieros osos,
Escondido me dejasteis
A la sombra de los olmos?...
Decidlo, señor, decidlo:
No crudamente piadoso
Me negùeis más una antorcha
A ese laberinto ignoto.
Saber quién soy necesito:
Saber si un villano tosco
Puede escupirme en la frente
Con tan infame sonrojo.
Fortaleza hay en mi pecho
Para el destino más torvo:
Grandeza el ánima tiene
Para verlo sin asombro;
Mas ¡vive Dios, que esta nube
Do me pierdo y me sofoco,
Si no la rompeis vos mismo...
A pesar de vos, la rompo!...

ESCENA VIII.

EL REY, BERNARDO.—GUARDIAS Y HOMBRES DEL PUEBLO, que entran precipitadamente del jardin.

UNO.

Justicia, Señor, justicia!...
Han asesinado á Ordoño...

REY.

¡Bernardo!

BERNARDO.

Cual caballero
Mi espada le hundió en el polvo;
Y mil vidas que tuviese
Fueran de mi ardor despojos.

PUEBLO.

¡Fué Bernardo!

REY.

¿Y vuestra audacia
Ignoraba en sus enconos
Que para haceros justicia
Me puso Dios en el sólio?
¿Ignorábais que en seis lustros
Que el cetro de España gozo,
Sin distincion la dispenso,

A humildes y á poderosos?
¿Ignorábais que si osado
Pudo afrentaros su enojo,
A corregirle y penarle
Estaba aquí Don Alfonso?...
Grande es, Bernardo, la gloria
Que os circunda: grande, heróico,
Vuestro nombre: vuestros hechos
Vuelan por el mundo todo;
Mas si esto os ensoberbece
Para despreciar mi trono;
Si esto ha de ser en ultraje
De la justicia que invoco,
En agravio de mi pueblo,
De mis canas en desdoro;
Primero que tal consienta
Veréis que el cetro depongo.

BERNARDO.

Y ¡vive Dios! yo os repito,
Que si otro que vos... que si otro,
Cuando encendida la mente,
Brotando fuego mi rostro,
Vengo á denunciaros, yo,
La vil infamia de Ordoño...
Si de otro, digo, escuchara
Lo que con acento torvo
Me decís, no con palabras
Exhalárase mi encono,
Ni en respeto reverente
Pusiera á mi rabia coto.—

Le maté... De su osadía
Aun me enciendo y me abochorno,
Y si lo que él aquí dijo,
Fuera de vos, rey Alfonso,
Otro dijese, en mis brazos
Juro al cielo que le ahogo.

REY.

Basta!... Entre el Rey y el vasallo
Escándalo tal yo corto;
Que la corona de Asturias
No ha de arrastrarse en el lodo.
Salid luego de mi córte;
Salid de mi reino pronto:
Id á vivid con las fieras,
Pues que fiera sois vos propio.

BERNARDO.

En buen hora; con mi espada
Nada temo, nada imploro:
Si una patria me desdeña,
Otra patria así recobro.
Nada, oh Rey, os he debido;
Vos me lo debísteis todo...
Nada os reclamo... Otras gentes
Me darán asilo honroso,
Donde una palabra infame
No venga á azotarme el rostro,
Y do un Rey ingrato y duro
En mí no quiebre sus ódios...
Y ¡plegue á Dios que algun dia
En medio al estruendo ronco

De desastres y matanzas,
No volvais los tristes ojos
A Bernardo; que Bernardo
No los volverá á vosotros!

(*Váse por la izquierda.*)

(Durante esta escena y la siguiente se ha aumentado y sigue aumentándose la concurrencia del pueblo. Al final del acto debe ya ser numerosa.)

ESCENA IX.

—

LOS DE LA ANTERIOR, menos Bernardo. A poco un MENSAJERO.

REY.

¡Dura ley de mi destino!
¡Deber triste á que me postro!
¿Es quizá expiacion tremenda
De la desgracia que lloro?
Uno muere; el otro parte...
Cubre nublado espantoso
Nuestro horizonte, y en tanto
¡Pobre Rey, te quedas solo!...

MENSAJERO.

¡Plaza! ¡plaza!... A vuestros piés...

REY.

¡Oh Dios! ¿qué nuevas?

MENSAJERO

El moro
Vuelve á presentarse ufano:
Su ejército numeroso
Hácia el castillo de Luna
Se dirige... A sus enojos
Los pueblos de la frontera
Huyen con fatal asombro...
Horrible llama ilumina
El inmenso territorio,
Y gritos de espanto y muerte
Atruenan los aires sordos...
¡Salvadnos, oh Rey, salvadnos!

REY.

¡Así se conjura todo
En mi contra, y este cáliz
Debo apurarle con colmo!...
Tengamos fé.—Compañeros:
Si el triunfo insigne y heróico
Que en Santorcaz conseguísteis
No basta á nuestro reposo:
Si el Señor en su justicia
Aun truena severo y hosco,
Si aun es menester mas sangre,
Si aun es menester mas hondo
Sacrificio, si la patria
Aun pide mas de nosotros;
Empuñemos nuevamente
El acero victorioso,
Conquistemos estos lauros

Cual ya conquistamos otros,
O muramos como buenos,
Como españoles y godos.
Á las armas... ¡ Viva España !

TODOS.

Y viva el Rey Don Alfonso !

ACTO CUARTO.

En el castillo de Luna. Gran salon tosco, embovedado, con varias puertas. Una pequeña y fuerte, con gruesos cerrojos. Galería en el fondo, por donde es la entrada principal.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, EL CASTELLANO.

SOL.

Así, nada del combate
Sabemos...

CASTELLANO.

Nada, señora:
Que al ejército pagano
Embistieron nuestras tropas:

Que corre la sangre á rios:
Despues... lo que Dios disponga!

SOL.

¡Fiera, horrible incertidumbre!...
¡Oh! ¡qué bárbara congoja
Saber que en el campo lidian,
Y estar encerrada y sola!
¡Oh, quién me diera encontrarme
Allí, enmedio á la espantosa
Batalla, y la dura suerte
Conocerla por mí propia!
¡Pudiese animar al ménos
Las escuadras españolas:
Pudiese de sus heridos
Restañar la sangre heróica;
Y aun de la espantable muerte
Endulzar la saña torva!—
¡Mísera mujer! ¡tu nombre
Es debilidad, tus obras
Sufrimiento, tu destino
Largo llanto á todas horas!
Nada valemos... En vano
La llama en el pecho brota:
En vano el nombre de patria
Levanta la mente absorta;
El destino nos condena
A quietud tan vergonzosa,
Que ni aun por nosotras siendo,
Podemos nada nosotras.

CASTELLANO.

Pues si tan sentidas quejas
Al cielo elevais, señora,
¿Cuáles no dará el soldado
Que aquí su valor sofoca?
¡Vive Dios, que casi el alma
Lo mira como deshonra,
Y que, si al Rey obedezco,
Bien el corazon lo llora!
¡Vive Dios, que en doce lustros
Que ya mis hombros agovian,
Es ésta la vez primera
Que, oyendo sonar la trompa,
En la vaina detenida
Yace la cuchilla ociosa!
¡Vive Dios que Don Alfonso
No debió manchar mis glorias,
Encerrándome en murallas
Que ellas mismas se custodian!
Cuando se lidia en los campos,
Cuando tal vez la victoria
Va á pesar en su balanza
La suerte de España toda,
Para guardar un castillo
No son hombres de mi estofa.

SOL.

Mucho tiempo, sin embargo,
Pienso le guardais con honra,
Y más de una vez le hicisteis
Dique á la pujanza mora.

CASTELLANO.

Le hice, sí... Como los mares
Se quiebran en firme roca,
Y en vapores y en espumas
Se desvanecen sus ondas;
Así, al pié de estas murallas
Rompiéronse una trás otra
De los moros andaluces
Tres irrupciones furiosas.
Muchos años han pasado!...
Brillaba entonces la aurora
De Alfonso, y aquestas canas
Eran cabellera blonda...
Mas paréceme que escucho
La grita feroz y ronca;
Que miro el voraz incendio
De la batalla horrorosa;
Que aun corre hirviendo la sangre,
Y entre muertes y congojas
Siempre triunfante se eleva
La noble insignia española.—
¡Oh! pasaron ya, pasaron,
Aquellas fugaces horas,
En que, salvando á los nuestros,
Llevaba al cielo mi gloria...
¿Qué he sido despues?... ¡La suerte
Embargó mi espada heróica,
Y mísero carcelero
En estas negras mazmorras,

Me ciñó la edad cansada
Su no envidiable corona !...

SOL.

¡ Qué es lo que dices ? ¿ Acaso ?...

CASTELLANO.

No digo nada, señora...
Me quejo de mi destino,
Que así mis ánimos postra:
De la juventud me quejo,
Que vale tan poco ahora :
Me quejo, en fin, del Monarca,
Que en vida inútil y ociosa,
Este guerrero descuida
Cuando muchos no le sobran...
(¡ Vive Dios, que en poco estuvo
Decir más de lo que importa !)

(Suena una corneta.)

SOL.

Escuchad... este sonido...

CASTELLANO.

¿ Qué significa esa trompa ?

ESCENA II.

—

LOS MISMOS, UN SOLDADO.

SOLDADO.

Del bosque inmediato un hombre
Saliendo, á la puerta toca.

Viene armado, pero solo:
De caballero llasona,
Y pide entrar.

CASTELLANO.

Haced luego
Que los cerrojos descorran:
Ábrase la puerta, y suelten
De la puente las maromas. —
¿Quién sabe si es del combate
Alguna nueva dichosa?

SOLDADO.

Viene de otro lado.

CASTELLANO.

En fin,
Éntre, pues que lo ambiciona...
Verémos lo que desea,
Y haré lo que corresponda.
(Váse el soldado.)
Si vos permitís... (*A Doña Sol.*)

SOL.

Ya os dejo... —
(Grabados en la memoria
Sus acentos van... Se llama
Carcelero, y de mazmorras
Habló... ¿Quién sabe ¡oh! quién sabe
Si bajo estas anchas losas
De Bernardo el Padre triste
Yace en sempiterna sombra!) (*Váse.*)

CASTELLANO.

Un guerrero, y no lidiando...
¡ Vive Dios, que tales cosas
Hoy se ven, que de mirarlas
El ánimo se sonroja!
Buena presencia... sepamos...

ESCENA III.

—

El CASTELLANO: BERNARDO, EL SOLDADO. Este le introduce, y se retira.

BERNARDO.

Dios guarde vuestra persona.

CASTELLANO.

Y él á vos.

BERNARDO.

¿ El castellano
Sois de esta torre famosa?

CASTELLANO.

Seis lustros ha que la tengo
Por Don Alfonso, y con honra.

BERNARDO.

Lo sé: vuestros claros hechos
Por esos valles pregonan,

Y cual de soldado insigne
Se dilatan vuestras glorias.

CASTELLANO.

Merced por la cortesía!

BERNARDO.

¡Vive Dios, que no es lisonja!
Como vos, soy un soldado:
Cual esa, mi espada corta;
Y si no lo mereciérais,
No os celebrara mi boca.

CASTELLANO.

Mas en fin...

BERNARDO.

De la montaña,
Do sus estribos azota
La mar, tierra de valientes,
Que nunca la raza mora
Mancilló, á las fieras lides
El amor patrio me arroja.
Buscando de Don Alfonso
Las banderas victoriosas,
Perdido por esos valles,
Que jamás ántes de ahora
He pisado, en esta torre
Ví el faro de mi derrota.
Rendido está mi caballo...
Si consentís que reponga
Sus fuerzas, y si vos mismo
Le dais á mi marcha norma,
Presto, dejando estos muros,

Correré en pos de las tropas
Del Rey, á buscar con ellas
O la muerte ó la victoria.

CASTELLANO.

Como bueno habeis hablado;
Y por Dios que en mis congojas
Es un placer, cuando escucho
Palabras tan generosas...
Ved de partir sin tardanza.
Sabed, jóven, que á estas horas
Lidiando están los cristianos
Con los hijos de Mahoma:
Sabed que si presto, presto,
No volais á la horrorosa
Batalla, no tendréis parte
Ni en el llanto ni en la honra.

BERNARDO.

¿Qué me decís?

CASTELLANO.

De estos muros
Alfonso salió á la aurora.
El combate se ha empeñado:
La sangre corre espumosa...
¡Dichoso el que en lid tan santa
El nombre de Dios invoca;
É infeliz quien encerrado
Aquí su valor ahoga!...—
Voy á ver si vuestra alfana
Del cansancio se recobra,

Y al punto vendré á mostraros
El camino de la gloria.
(Aprieta con efusion la mano á Bernardo, y váse.)

ESCENA IV.

—

BERNARDO.

Sé por fin donde están... De la batalla
Casi el rumor á mis sentidos llega;
¡Y entre tanto mi espada victoriosa
Es rayo inerte que en mis manos queda!...
Mas ¿qué he de hacer?... De Ordoño los denuestos,
Del altivo Monarca la soberbia,
Hiriendo sin razon mi noble orgullo,
Condenaban mi frente á la vergüenza,
O á resistir su injuria me empeñaban.
De Bernardo la santa independencia,
El puro honor, como las nieves limpio
Que Pirene en sus ámbitos ostenta,
Es menester que grandes y que Reyes
A conocer y á respetar aprendan.
El fué quien me arrojó... Quizás ahora,
En los rudos peligros que le cercan,
Se acordará de mí: quizá su labio

Al que ultrajaba llamará con pena:
Quizá entre horrores, entre sangre y muertes.
Con puro gozo aparecer me viera...
Cálmate, oh corazon... ¡calma y reposo!—
¡Tristes memorias que la mente aquejan,
Presagios en un tiempo de ventura,
Y hoy fiero torcedor que la envenenan!...
¡Vírgen de mis ensueños celestiales!
¿Quién me dijera ¡ay Dios! quién me dijera
Que la esperànza de mi eterna dicha,
Sombra fugaz, hundiérase tan presta,
Y, capullo que hiela el cierzo frio,
Para luego morir, brotase apénas?
Pero ¿porqué abatirse?... Aun en el pecho
Mi noble corazon late con fuerza,
Y el limpio acero, vencedor del moro,
En la robusta mano centellea.
Esperemos, oh Sol... De tu palacio
Mi gloria insigne llamará á las puertas;
Y tan digno he de ser de merecerte,
Tanto me he de elevar hasta la esfera
Do vives tú, que el Rey, que pueblo, todos,
Con gozo universal mi dicha vean...
Pero, ¿qué es lo que miro?... (*Viendo á Doña Sol.*)

ESCENA V.

—

DOÑA SOL.—BERNARDO.

SOL.

¡Oh Dios!... ¡Bernardo!
¿Vos en este castillo?

BERNARDO.

Mi sorpresa
No es, Infanta, menor... ¿Cómo dejasteis
De la corte de Astúrias las almenas?

SOL.

Seguimos al Monarca. Más seguras,
En los dudosos trances de la guerra,
Que en una villa abandonada y sola,
Presumimos estar donde estuviera.
Pero vos...

BERNARDO.

Os encuentro: en este dia
Mi cruda suerte sus horrores templa,
Y un lucero de paz calma en los aires
El furioso huracan de mi tormenta.
¡Oh! ¡cuán léjos la mente presagiaba

Tanta felicidad! ¡Oh! ¡cómo ciega
Por campo de ilusiones se perdia,
Cubierto el rostro de tupida venda!
¡Os encuentro, por fin, del alma pura
Idolo celestial que me enajena;
Y á vuestros piés Bernardo prosternado
De placer inefable se embelesa!

SOL.

No es ocasion, Bernardo, de lisonjas.
Esas palabras de ternura llenas
Repudia el alma, cuando sangre y lloros
Corren dó quier, y donde quiera reinan.
No es ocasion de amor; éslo de gloria.
¿Sabeis que en esos llanos que nos cercan
Defiende Don Alfonso, de la patria,
En lucha desigual, la suerte incierta?
¿Sabeis que de sus grandes campeones
La infelice nacion exhausta y yerma
Se mira triste, y al favor del cielo,
Partido el corazon, tan solo apela?
Bernardo!... si escuchando sus gemidos
Vuestras entrañas de piedad no tiemblán;
Si escuchando este acento que os implora,
No es rayo vuestra espada á la proterva
Multitud del infiel, y del cristiano
No destrozais las hórridas cadenas...
Que jamás á mi vista desolada
Vuestros terribles ojos aparezcan,
Y que jamás palabras de dulzura
Osado el labio á dirigirme vuelva.

BERNARDO.

¡ Doña Sol ! Doña Sol !... ¿ Sabeis vos misma
De mi destierro la veraz tragedia ?
¿ Los ultrajes de Ordoño y del Monarca ,
Y su injusticia bárbara y cruenta ?
¿ Sabeis que cual villano y asesino
Del reino todo sin piedad me echan ,
Cual pudieran echar un can rabioso ,
O de los montes desmandada fiera ?
¿ Sabeis que esta palabra , sí , la misma ,
Se permitió decir para mi ofensa ,
Quien , no siendo su deudo y su vasallo ,
A decirla otra vez jamás volviera ?...
Pues bien, oh Sol!... Injurias tan odiosas
Mi mente enaltecida las desprecia ,
Que es Bernardo muy grande en su destino
Para que herirle con ladridos puedan.
Yo fuera á combatir : yo los salvara.
Mas ¿ no temeis que en su procaz soberbia ,
Lo que en mi pecho es noble y generoso
A vil humillacion atribuyeran ?
¿ No temeis que si el triunfo los halaga ,
Si el hado incierto su favor les muestra ,
Vanos han de pensar que yo he podido
Invocar de su altura la clemencia ?
Dejadlos , Sol , dejadlos , que la suerte
Dé á su jactancia la debida pena :
Dejad que lloren con amargo llanto
De mi destierro la injusticia acerba.
Siempre queda un escudo , si ellos caen :

Siempre Bernardo y la montaña quedan;
Y en sus riscos la suerte de la España
Invencible será, vivirá eterna.

SOL.

¡Ilusion de tu orgullo y tu bravura!
Triste ilusion, que á llanto nos condena,
Y que pierde la patria desdichada!
Nadie mas eminente tu grandeza
Considera que yo: nadie mas alto
El puesto vé dó tu valor te eleva.
Mas por mucho que encumbres tu destino,
Un hombre eres no más: el sello llevas
De nuestro sér, é inútil quedarías
Cuando en lid desigual único fueras.
Hora combate España: tú de España
Puedes el héroe ser en la contienda;
Y á su frente, ensalzándote á la gloria,
Salvarla de los males que la cercan.
Mas si España sucumbe; si esos bravos
Que así contrastan la fortuna adversa,
Heridos en la lucha desparecen;
Si en viudez y orfandad la patria dejan,
¿Dónde hallarás, Bernardo, otros guerreros,
Que así te sigan, á la santa empresa?—
¡Oh! de una mujer débil el conjuro
Escucha con piedad; y si su pena,
Si el llanto ardiente que sus ojos brotan
Al corazon empedernido llegan,
No les niegues, Bernardo, como gracia,
Cuanto de ese valor gimiendo esperan!...

Corre, corre á la lid... yo te lo ruego...
¡Lo que la España no, mi amor te deba!

BERNARDO.

¡Tu amor, dices, tu amor!... Esa palabra
Vence mis dudas, y mi ardor despierta,
Y cual rayo del cielo desprendido,
Lumbre, incendios y estragos do quier lleva.
¡Tu amor!... tú lo dijiste... lo que nunca
En sueños de placer el alma oyera,
De tus labios, oh Sol, muda y absorta,
Lo escucha en fin, y de ventura tiembla.
¡Otra vez por piedad!...

SOL. (*Tendiéndole la mano.*)

Parte, oh Bernardo!...
En su curso fugaz las horas vuelan...
Lo que allí á tu valor debiere Asturias,
Feliz mi pecho si á pagarlo acierta!
Corre, vence: la huérfana infelice
De coronas espléndidos no es dueña;
Mas si un alma te basta en tu victoria,
La suya te dará por recompensa...

UNA VOZ.

¡Ay de mí! (*Suena detrás de la puerta cerrada.*)

BERNARDO.

¿No escuchaste?

SOL.

Parecía
Lúgubre acento de doliente pena.

LA VOZ.

¡Ay mísero de mí!

BERNARDO.

No, no es engaño...
Lo he distinguido bien... tras de esa puerta...

SOL.

Si es, gran Dios, lo que temo!

BERNARDO.

Calla... calla!...

LA VOZ.

¡Ay mísero de mí!

BERNARDO.

De tanta queja
Hallemos el motivo... (*Forcejeando sobre la puerta.*)

SOL.

Mas, Bernardo...
La lid, eterno Dios!... la lid apremia...
¡Me lo habeis ofrecido!

BERNARDO. (*Sacando la daga para abrir.*)

Un solo instante!...
Contemplemos no más lo que se encierra
Tras de tantos cerrojos; y á la gloria,
No lo dudeis, oh Sol, mi espada vuela... (*Abre.*)
Se abrió... ¡Cielos! ¿qué miro?... Es un anciano...
¡Espantosa prision! ¡morada horrenda!

SOL.

(Oh! no hay duda... ¡infeliz! ¡destino impío!
¡Ante su vista el corazon se hiela!)

ESCENA VI.

—

BERNARDO, que ha entrado en la prision, saca al CONDE DE SALDAÑA, sostenido en sus brazos; DOÑA SOL.

BERNARDO.

Venid, venid, Señor... Que vuestro rostro
Enjugue de los cielos el ambiente... (*Lo sienta.*)
Aquí podeis sentaros... ¡ Que en las venas
Vuestra encendida sangre se refresque!...

CONDE.

Gracias! ¡ eternas gracias, hijo mio!
¡Y á tí, Dios de los buenos, que consientes
Dejarme respirar las auras puras,
Antes que el corazon fallezca inerte:
¡ Gracias! gracias sin fin! (*Se desmaya.*)

BERNARDO.

¡ Cielos! ¿ qué miro?
¡ Habeis, Infanta, visto de su frente
Arrancada la luz?... ¡ Cruda barbarie!
¡ Horrorosa impiedad que me estremece!

SOL.

¡ Oh, Bernardo! Bernardo!... ¡ desdichado!

BERNARDO.

Si ha sido criminal, diéranle muerte!...

Mas arrancar los ojos á un anciano
Es infame baldon para sus jueces...
¿Vos llorais?

SOL.

¡Tengo el alma desgarrada!
De ese anciano infeliz lloro la suerte,
Y de la patria los acerbos males,
Que á cada instante sin piedad acrecen...
Bernardo, esa entereza prodigiosa,
Asombro y gloria de la hispana gente,
Ese valor que os alza hasta los cielos,
Hoy cual nunca jamás debeis tenerle.

BERNARDO.

No os comprendo, señora... (*El Conde vuelve en sí.*)

SOL.

El desdichado
Parece en fin que á sus sentidos vuelve:
Si es cierto lo que el alma me predice,
Sostenedlos, gran Dios, y sostenedme!

CONDE.

¿Qué escuchan mis oidos? ¿Qué palabras,
Dulces cual la virtud, á herirlos vienen?
Señora, perdonad si un pobre ciego...

SOL.

¡No, por Dios! no, por Dios! (*Impidiéndole que se levante.*)

CONDE.

¡Santo y clemente
Bendígale mi labio, que este dia
Consuelo tal en mi destino vierte!

BERNARDO.

Mas decidnos, en fin...

SOL.

¡Cielos! Bernardo!

CONDE.

¿Bernarno pronunciais? ¿Bernardo?... ¿Es este
Vuestro nombre?... Mi pecho dolorido
Mas crudo afan al escucharlo siente...

BERNARDO.

Sí, Bernardo me dicen. Por do quiera
Es conocido un nombre que protege
Benigno el cielo; que al cristiano afirma,
Y en su poder al árabe estremece.

CONDE.

Bernardo era tambien — ¡ha cinco lustros! —
El nombre de un lucero refulgente,
Que cual prenda de gloria y de ventura
Vino á enjugar mis lágrimas crueles.
¡Quién me dijera en tan feliz momento
¡Ay! que nunca jamás tornara á verle!
¡Bernardo! ¡hijo del alma!

BERNARDO.

Cinco lustros
Son tambien de mi vida el plazo breve;
Y del paterno amor, don de los cielos,
Nunca la bendicion sentí en mi frente...

CONDE.

¿Quién sois? quién sois? decid...

BERNARDO.

¿Lo sé, por dicha?

Oscura nube mi destino envuelve:
Misterios de dolor y de vergüenza,
Que el alma agobian, y que el rostro encienden.
En la tumba descansan ya mis Padres:
Que sus tumbas al ménos se respeten!
El conde de Saldaña...

SOL.

¡Desgraciado!

CONDE.

¡Hijo del corazon!... ¡Cielos! valedme... (*Le abraza.*)

BERNARDO.

¿Qué escucho? ¡Vos mi Padre!

CONDE.

Sí, Bernardo...
Tu Padre, el Conde, que abrazado tienes...

SOL.

Por muerto le juzgabas... ¡infelice!
Es el sepulcro que su presa vuelve...

BERNARDO.

¡Yo sueño, eterno Dios!... Sueño... deliro...
Va á reventar la enardecida frente...
¡Vos mi Padre! ¡mi Padre!... ¿soy acaso
Juguete vil de caprichosa suerte?
¿Vivís? ¿vivís? ¿vivís?... Dejad que os toque
Con mis manos, Señor, mil y mil veces.

CONDE.

¡Gracias! ¡gracias, mi Dios! ¡gracias cumplidas!
A tu seno eternal llamarme puedes...
He escuchado su voz: contra mi pecho
He sentido latir su pecho fuerte.

Cinco lustros de tumba en tal instante
Su redencion y su consuelo tienen...
Una pregunta solo... ¿Qué, hijo mio,
Ha sido de tu Madre?

BERNARDO.

No se atreve
El labio á responder. De torpe engaño
Víctima triste el corazon doliente,
A los dos os juzgaba en el sepulcro.
¿Quién sabe si tambien?... Todo lo puede
El alma sospechar, cuando un Monarca —
¡Villana condicion!—engaña y miente.

SOL.

No, Bernardo: no, Conde: vuestra Esposa,
Roto el lazo terreno, á la celeste
Morada se elevó, do sus virtudes
La gloria del Señor eterna premie.

CONDE.

¡Feliz ella tambien!... Alma dichosa
Que del martirio la corona obtienes:
Que en piélago de amores infinitos
A este valle de horror la vista vuelves...
Escucha de tu esposo la plegaria:
Consíguele valor para que lleve
Tan contrarios afectos, como pudo
Por largos años conllevar la muerte.
Y al hijo del amor que te presento,
Tambien tu amparo poderoso tiende,
Para que, digno de su noble cuna,
El nombre de los dos honre y sustente...

No te apartes, Bernardo... de mi seno,
Hijo del corazon, nunca te alejes!...
Quizá por poco tiempo nos es dado
Tal ventura gozar....

BERNARDO.

Mas concededme,
Amado Padre, que la infanda historia
De vuestros labios oiga reverente.
¿Cómo os encuentro aquí? ¿Cómo, malvados,
En esa tumba sin piedad os tienen?

CONDE.

¡Mi historia!... ¿Qué es mi historia? Es una aurora
Que en borrascosa noche se convierte:
Un momento de dicha, y largos años
De martirio sin fin, que el pecho hienden...
Era noble... era bravo, en las batallas
Comenzaba á coger frescos laureles:
La fortuna do quier me sonreia:
El amor me brindaba sus placeres.
A Jimena adoré: su tierno pecho
Se rindió á mi pasion: pura, inocente,
Me amó cual yo la amaba; y tú, Bernardo,
De nuestro mútuo amor la prenda eres.
Hasta entónces misterio impenetrable
Nuestro cariño oscureció en sus pliegues,
Descubierto por tí, fué necesario
Al terrible Monarca someterse.
A sus piés nos echamos: nuestro lloro
Pareció que ablandaba sus desdenes:
Promesa de perdon su labio dijo;

Promesa que aceptamos reverentes,
Y que vino á verter en nuestras almas
De inefable placer puro deleite.—
Un solo instante fué. De la frontera
Me nombra capitan, y me previene
Que venga á este castillo, y que una carta,
Al que mandaba en él, cerrada entregue.
Era mi amigo... En cien y cien combates
Unidos arrostráramos la muerte...
Era un bravo soldado, á quien la España
Horas de gloria y de ventura debe...
Él me enseñó la carta: él en mis brazos
Largo tiempo lloró; mas obediente
Cumplió el precepto que escribiera Alfonso,
Y vista y libertad perdí por siempre!...

BERNARDO.

¡Horror y maldicion! ¡atroz perfidia,
Que llore el alma, y que mi brazo vengue!

CONDE.

Nada hay mas en mi historia: la desgracia
El vigor abatió del pecho fuerte;
Y en vez de luenga y rubia cabellera,
Blancas sedas y escasas dió á mis sienes.
Cinco lustros pasaron... De la tumba
Soy vaga aparicion que se desprende...
Tú, solo tú, Bernardo, eres el lazo
Que me llama á vivir... Si tú no fueses,
Alma de mi Jimena! ¡oh! cuál tardara
El instante feliz que á tí me lleve!

BERNARDO.

¡Horror y maldicion! Y entre sus brazos
Quiso halagarme con nefandas redes;
Y de su frente, que amistad mentia,
Vuestra sangre, señor, cayó en mi frente!
¡Oh cólera! ¡oh baldon!... ¡Y era Bernardo
Quien venciendo á los árabes ginetes,
Allá de Santorcaz en las llanuras,
Su corona agobiaba de laureles!
¡Era mi brazo el que se armaba ahora,
En este mismo instante, á sostenerle;
Y el olvido de bárbaras injurias,
Fementido pagaba de esa suerte!
«Ya no existen tus Padres—me decia:
»Tu nacimiento investigar no debes...»
¡Y mi Padre espiraba en una tumba,
De su infanda crueldad pobre juguete!...
Vos tambien, Doña Sol; vos, en su amparo
Invocábais mi acero refulgente...
Vos, tan buena, tan pura... por salvarle
¿En la tremenda lid quisiérais verme?
¡No!... De los cielos el castigo horrible
Sobre su frágil trono se desprende:
De la furia que arrolla sus pendones
Bernardo no será quien le liberte...
Mi maldicion, vencido, le acompaña;
Mi venganza verá si acaso vence.

SOL.

Yo lloro de la patria los desastres...
Combatido en tan míseros vaivenes

Se parte el corazon, que donde quiera
De esperanza y de amor objetos tiene.
Inútil es, Bernardo, que yo os diga
Si lágrimas de horror el alma vierte
Del Conde ante la faz, si con mi sangre
Animara la suya que fallece.
Mas contemplo tambien de nuestra España
La que le espera dolorosa suerte:
Que solo tu valor defenderia;
Que perdida sin tí sucumbe y muere,

CONDE.

¡Oh! ¿qué es lo que decís?

SOL.

Junto á esos muros
El destino de Asturias se resuelve...
Hora mismo, hora mismo, del combate
Va á decidirse el éxito. A mis preces
Cediendo en fin Bernardo...

BERNARDO.

¡Oh! nunca! nunca! —
¿Qué me importan su triunfo ó sus reveses?
¿Tengo yo acaso patria? Á vuestra España,
Decid, decid... el corazon ¿qué debe?
Al Rey, denuestos y crueldad horrenda:
A los grandes, envidias y desdenes:
Al pueblo, nada; nada... que callando,
Injuriarme los mire, y que los deje.
¿Qué me importan su triunfo ó sus desastres?
Aquí solo mi patria se contiene,

En esta tumba... ¡ Moros y asturianos
Todos iguales á mis ojos vense!

CONDE.

Bernardo, de ese ardor que te enagena
Complacido mi pecho se estremece;
Y dulces tus palabras á mi oido,
Prendas son de cariño reverente.
Mas escucha de un padre los acentos...
Que su prudencia tu bravura enfrene:
Que su razon á tu pasion presida:
Que su perdon en tu dolor refleje.
Nunca así de la patria en nuestro labio
Se escuche maldecir: nunca su frente
Condenemos á dura servidumbre
Por rencores que ciegos nos aquejen.
La patria ántes que todo: de la patria
Ningun buen español vengarse puede:
Contra ello no hay razon; de todos madre,
A todos en su seno nos comprende.
Defenderla, salvarla es nuestra gloria...
Yo mismo, yo, que en horrorosa muerte
Cinco lustros arrastro de existencia;
Yo que tanto sufrí, del hierro ardiente
A poderla intentar mi brazo armara;
Y los gloriosos triunfos que otras veces
Cual ofrenda he rendido en sus altares,
Bernardo, ¡ vive Dios, que hoy los rindiese!

SOL.

¡ Oh virtud sin igual!

BERNARDO.

¡ Padre !... ¿ Vos mismo ?...

CONDE.

Sí, Bernardo, yo propio... Defenderte
Tócame á mí de la pasion impura
Que amancille tu nombre refulgente.
Tócame á mí enseñarte de la gloria
La noble senda que á su templo asciende,
Y mostrar á los siglos venideros
Cuán injusta y cruel fué nuestra suerte.
De oscuro porvenir la espesa niebla
A mis ojos se rasga y desparece;
Tu destino contemplo, y en sus glorias
Ventura sin igual el alma siente.
A combatir, Bernardo !... de Saldaña
A coronar de espléndidos laureles
El claro nombre, y que á los cielos suba,
Dó ningun otro nombre jamás llegue.

BERNARDO.

¿ Qué me mandais, Señor?

CONDE.

El pobre anciano
A mandarlo, Bernardo, no se atreve...
Pero lo osa pedir, y de rodillas. (*Quiere arrodillarse.*)

BERNARDO.

¡ Basta, basta... no más !... Fiera rugiente
Desatais de la bárbara cadena:
Volcan soltais que en las entrañas hierve
De monte mugidor, lanzando al cielo
De su espumosa lava los torrentes.

Voy á lidiar... Cercanos al castillo
Aguárdanme mis bravos montañeses:
Conmigo correrán á la batalla,
Y postrarán del árabe las huestes...
Pero vos entretanto...

CONDE.

Yo, entre tanto,
Al cielo invocaré que te proteje;
Y la mente, siguiéndote á la gloria,
Por do quier volará donde tú fueres.

SOL.

Yo á su lado me quedo. ¡ De Saldaña
Juro á los cielos compartir la suerte...
No salir del castillo, si él no sale:
No volver á la córte, si él no vuelve!...

BERNARDO.

Padre, ¡ tu bendicion! (*Se arrodilla.*)

CONDE.

¡ Marcha, hijo mio!
El ángel del Señor tus pasos lleve;
Cual recibes la nuestra, así, Bernardo,
Su santa bendicion caiga en tu frente!

BERNARDO.

Adios, Señor... Adios...

CONDE.

¡ Hijo del alma!

BERNARDO.

¡ Esperanza y valor! (*Váse.*)

SOL.

¡ Dios! protegedle!

ESCENA VII.

—

EL CONDE y DOÑA SOL.

CONDE.

Y vos, señora, que piadoso el pecho
Así tendeis al infeliz anciano;
Que en esta cárcel derramais benigna
El bálsamo feliz de vuestro llanto,
Permitidme ofrecer á tantos dones
De pura gratitud copioso lauro,
Unico resto de la antigua suerte
Que en mi acerbo infortunio me dejaron.
Bendígaos el Señor cual yo os bendigo...
Y hacedme el bien de encaminar mis pasos
Do recline la lánguida cabeza,
Que tanta conmocion ha fatigado...
Necesito reposo: necesito
Con la mente seguir á mi Bernardo;
Orar al justo cielo, y de Jimena
Invocar el auxilio para entrambos.

SOL.

Venid, Señor... Sobre mis flacos hombros
Vuestras manos poned... así... apoyaos!...

Tan noble y santo y plácido servicio,
Como en esta ocasion, nunca prestaron.
(Conduce al Conde á su prision. Vuelve á salir, y cierra.)
Cerremos esta puerta. — ¡ Dios piadoso !
Gracias sin cuento á tu poder consagro !
Prenda de tu piedad es tanta dicha...
¡ Complétese, gran Dios, y nos salvamos !

ESCENA VIII.

—

LA DUEÑA, que entra precipitadamente.—DOÑA SOL.

DUEÑA.

¡ Señora ! ¡ Oh qué desgracia ! ¡ Oh qué infortunio !
Vencido Don Alfonso, derrotado
Nuestro ejército, corre á guarecerse
De este castillo en el estrecho espacio.

SOL.

¡ Santo Dios ! ¿ qué decís ?

DUEÑA.

De las almenas
Todo el desastre de mirar acabo...
Las bandas españolas que sucumben...
El ejército moro, que llevando
La destruccion, la muerte por do quiera,
Casi envuelto con ellas cubre el campo.

Primero, retirábanse en buen órden:
Luego rotos, dispersos... todo espanto
Y luto y horror es. El Rey Alfonso
De su noble caballo derribado,
A punto de morir...

SOL.

¡Vírgen del cielo!
¿Pereció? ¿pereció?

DUEÑA.

Solo un milagro
Le ha podido guardar... Un caballero,
Cubierto el rostro del bruñido casco,
Lanzándose á los mil que le cercaban,
Con cien prodigios consiguió salvarlo...
¡Ah! miradle... miradle...

SOL.

¡Dios eterno!

ESCENA IX.

—

LAS MISMAS.—EL REY, EL OBISPO, EL ALCAIDE, un tropel de JEFES y SOLDADOS, cubiertos de polvo.

REY.

Nada, no ha sido nada... Bueno y salvo
Me encuentro yo... La patria es la que hundida
Por siempre queda en el combate aciago!...

Ella es la que cayó para no alzarse...
Su sangre la que riega el triste campo!...

SOL.

¡Señor!

REY.

¿Porqué á la muerte me arrancasteis?
¿Do mejor la ganara, cual soldado
Y cual Rey, que cayendo como bueno,
Dó mis antiguos triunfos se eclipsaron?
Cuando sucumbe España, allí debia
Su Monarca morir...

OBISPO.

Señor, guardaos
Para vengarla... En tan atroz conflicto
Bastantes son los males que lloramos.
Mientras vos existais, existe España!...

REY.

Pero ¿quién me salvó?... Yo un esforzado
Guerrero ví, que de los cielos era
En tormenta de horror fulmíneo rayo.
Rota la espada, en el revuelto polvo
Cayendo bajo el pié de los caballos,
Sin duda iba á morir, si de el peligro
No me sacara su potente brazo.
¿Fué Ramiro quizá?

OBISPO.

No, que Ramiro
Aun lidia entre los restos desbandados...
Él salió del castillo, y parecia
Un ángel del Señor para salvaros.

CASTELLANO.

¿Del castillo, decís?

SOL.

¡Cielos!

CASTELLANO.

Entonces...

REY.

¿Quién pudo entonces ser?

SOL.

Señor, Bernardo!...
Bernardo, que al combate se arrojaba...
Muy tarde ¡santo Dios! para ayudarnos,
Mas de salvar á tiempo vuestra vida.
Yo le ví, yo le hablé...

REY.

Justos y santos,
Eterno Dios, se muestran tus designios!
Yo en humildad sincera los acato.—
¡Amigos, compañeros! este dia
Es de luto y dolor... En signo infausto,
De la espléndida cumbre dó nos puso
Dios nos arroja con potente mano.
A sufrir la borrasca cual valientes...
A recoger los míseros soldados,
Que aun vagan esparcidos por el valle:
En este antiguo fuerte á resguardarlos...
En sus muros respiro saludable
Podemos encontrar; y mientras tanto
Que nuestro corazon la vida anime,
En el Dios esperemos de Pelayo.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto cuarto. Al principiar el acto comienza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, sentado en un banco; EL CASTELLANO, que entra por el fondo.—Está aun algo oscuro.

RAMIRO. (*Levantándose.*)

¿Quién vá?

CASTELLANO.

De la fortaleza

El alcaide... ¿Y vos?

RAMIRO.

Ramiro...

Guardia del Rey.

CASTELLANO.

De encontraros
Me place en aqueste sitio.

RAMIRO.

¿Me buscábais?

CASTELLANO.

Os buscaba.

RAMIRO.

Por ventura ¿ha sucedido
Algo nuevo?

CASTELLANO.

Nada: el muro
Vengo de correr yo mismo,
Y todo yace en reposo
En las lindes del castillo.

RAMIRO.

¿Y allá fuera?...

CASTELLANO.

De la aurora
A la luz, los enemigos
He observado: el campamento
Descansa mudo y tranquilo...
Tal silencio no me agrada.

RAMIRO.

Pues ¿qué predecís?

CASTELLANO.

Predigo
Desastres. Mas turbulentos
Los hubiera yo querido.
El órden en los contrarios

Es mal presagio, por Cristo!
Que el órden es disciplina;
La disciplina es peligro.

RAMIRO.

¿Y los nuestros?...

CASTELLANO.

Mucho temo...
Flacos, débiles, caidos,
Están jefes y soldados.
Si en este duro conflicto
Desesperan, de la España
Se hundió por siempre el destino.

RAMIRO.

¿Vos lo observásteis?

CASTELLANO.

Yo propio.
Toda la noche he corrido
La plaza, do quiera hablando
Con la tropa y los caudillos.
Sabed, capitan, que pocos
Se hallan cual vos decididos
A lidiar hasta la muerte:
Que el mayor número tíbios
Y dudosos son; y que otros
Están del todo rendidos.
Que el Rey lo sepa conviene:
Por eso vengo á decirlo...

RAMIRO.

En verdad, fué la batalla
Tremenda... Todos cumplimos

Nuestro deber como buenos,
Y arrostramos el conflicto
Hasta morir... Mas la vida
Que ántes supiera infundirnos
Bernardo, la confianza
Que de su ardor aprendimos,
Aquel fogoso entusiasmo,
Aquel ufano delirio,
Que de su mente á la nuestra,
Cual incendio puro y vivo,
Comunicaba, eso, Alcaide,
Faltó ayer á nuestro brío.
Cumplimos nuestros deberes,
Pero milagros no hicimos
Como en Santorcaz, milagros
Para salvarnos precisos.—
En fin, el cielo disponga
Lo que plegue á sus designios;
Que los buenos españoles
Muriendo habrémos cumplido.

CASTELLANO.

Lo sé de vos. Nunca el pecho
Se engañó en sus vaticinios,
Y que érais noble y honrado
Desde que os miré, me dijo... —
¿Pero... el Rey?...

RAMIRO.

Ha largo rato
Que entró en su estancia el Obispo.

CASTELLANO.

¿Afligido está?...

RAMIRO.

Su frente
Mal encubre el dolor vivo
Que le aqueja: de su llanto
Hondas señales he visto.

CASTELLANO.

¡Tiene razon!

RAMIRO.

Desde el cielo
Hoy le arroja en el abismo
El hado injusto: con sangre
Se empaña el glorioso brillo
De su diadema; y el pueblo,
Que de la victoria al grito
Le saludó, sus aplausos
Trueca, infeliz, en gemidos...

CASTELLANO.

Alguien viene...

RAMIRO.

Es Veremundo,
Un valeroso caudillo.

CASTELLANO.

¿Estáis cierto?... Yo dijera...

ESCENA II.

—

VEREMUNDO.—LOS DICHOS.

VEREMUNDO.

Dios os conserve, Ramiro.

RAMIRO.

Y él á vos.

VEREMUNDO.

¡Salud, Alcaide!...
Huélgame el veros reunidos.
Antes de hablar al Monarca
Hablar con vos necesito.

RAMIRO.

¿Al Monarca?

VEREMUNDO.

Á Don Alfonso.
En el tremendo conflicto
Que nos cerca, mil valientes,
De la España nobles hijos,
Hasta los piés de su trono
Sus acentos afligidos
Quieren elevar... Mi labio
A interpretarlos resigno.

RAMIRO.

¿Y qué pedís?

VEREMUNDO.

Es ya inútil
La resistencia. Vencidos
Como ayer en esos llanos
Por tal huracan nos vimos,
No ilusos nos empeñemos
En prolongar el martirio
De la patria, hasta llevarla
Al fondo del precipicio.
Guardarla es lo que queremos:
Reservarla á otros benignos
Tiempos, en que Dios piadoso
Nos acuda mas propicio.
Ya el honor hemos salvado.
Triunfantes primero fuimos,
Y pudo admirar el orbe
De nuestras armas el brillo.
Somos pocos. Junto al moro,
Flaco, débil, reducido
Es nuestro pueblo. Empeñarse
En lidiar, es extinguirlo;
Es de nuestra pobre España
Ahogar por siempre el destino.
La paz del Rey reclamamos.

RAMIRO.

Y así, con acento indigno,
En este trance de muerte,
¡Muerte le daréis vos mismo!

Flacos, débiles, vosotros
Sois no mas, los que rendidos
Por el desastre de un dia,
Despedazais el invicto
Blason, y á la triste Asturias
Arrojais en un abismo.
Veremundo, dó se lidia,
Dó de las armas el limpio
Fulgor arde, dó la sangre
Corre por el suelo tinto,
La fortuna y la desgracia
Se siguen con raudo giro.—
¡Que es pequeño nuestro Estado!—
No era mayor imagino
Cuando con aliento heróico
Las espadas nos ceñimos.
¿No recordais, Veremundo,
Pues os miré en aquel sitio,
Lo que al responder al moro
Al Rey Alfonso dijimos?
¿No recordais que la guerra
Fué allí de todos el grito,
Y la victoria ó la muerte
Juramos enardecidos?
Pues triunfemos ó muramos...
Muramos, pues no vencimos.
Más injurias, más venganzas
Dejemos á nuestros hijos.
Y al que otra cosa intentare
En el duro compromiso

Dó estamos, juro á los cielos
Que de traidor lo apellido.

VEREMUNDO.

A quien tal diga, mi espada...
¡Vive Dios!

RAMIRO.

Lo dicho, dicho. (*Empuñan los dos.*)

CASTELLANO.

¿Qué haceis? Tened los aceros...

VEREMUNDO.

Quitad...

RAMIRO.

Quitad vos...

CASLELLANO.

¡Ramiro!

VEREMUNDO.

Ha de morir quien me insulta...

RAMIRO.

¡Vereis si al traidor castigo!...

ESCENA III.

—

EL REY, EL OBISPO: salen por la derecha.—Los DE LA ANTERIOR.

REY.

¡Cómo! ¿Quereis batallar
Vos y vos?... ¡Riñendo aquí!

Si gastais la vida así,
¿Quién al moro ha de lidiar?
Y vive Dios, caballeros,
Que es desdoro de la ley
Ante la estancia del Rey
Sacar los limpios aceros...
Nada teneis que decir,
Que nada quiero saber...
Que no vuelva á suceder,
Si los dos quereis vivir.—
Alcaide, tengo que hablaros.
Vos despejad. (*A Ramiro y Veremundo.*)

VEREMUNDO.

Un favor
Os demando aquí, Señor...
Escuchad...

REY.

Ya haré llamaros.

VEREMUNDO.

Urgente súplica es
La que elevo á Vuestra Alteza:
Conceded á mi nobleza...

REY.

Os he dicho que despues.
(*Se van Ramiro y Veremundo.*)
¿Mi precepto habeis cumplido?... (*Al Alcaide.*)

CASTELLANO.

Como mandásteis, Señor:—
En un completo estupor
El Conde nada ha sentido.

Pero el mejor aposento
Del castillo ocupa ya...

REY.

Ved cuando despierto está,
Y decídmelo al momento. (*Se vá el Castellano.*)

ESCENA IV.

—

EL REY. EL OBISPO.

REY.

Me habeis vencido. Mi saña
Va á terminar este dia:
Cese en fin en su agonía
Sancho, el conde de Saldaña.
Ora debamos morir,
Y ofrecernos al Señor,
O milagros de valor
Nos dén vencer y vivir;
El alma no puede ya
Soportar tan duro peso:
Me abrumaba, lo confieso...
Libre el pecho quedará.
Yo mismo, yo, le veré:
Yo deploraré sus males...
De mis sentencias fatales

El perdon le pediré;
Que no quiero, por mi vida,
Que en el Reino que perdí
Pueda quejarse de mí
Ninguna persona herida...
¿Estais contento?

OBISPO.

Señor...
Dejadme besar las huellas
Que pisais... de las estrellas
Empañais el resplandor.

REY.

De lisonjas no es momento:
En trance tan duro y fuerte,
Al igual de nuestra suerte
Alcemos el pensamiento.
A Carlos tambien ahora
Pidiendo auxilio escribí...
Veis que en todo os complací.

OBISPO.

¡No esperáseis á tal hora!

REY.

¡Oh! es horroroso baldon
Apelar al extranjero:
Mientras lidiaba el acero
Esquivé la humillacion.
Mas si España ha de morir,
Si la suerte escribió impía
Que al Norte ó al Mediodía
Deban sus hijos servir;

Asegúrese á lo ménos
De su Iglesia la fé pura,
Y en acerba desventura
No muramos sarracenos.
Lejos es cierto que está
El potente Emperador;
Pero sinó salvador,
Vengador nuestro será.

OBISPO.

Mas entre tanto...

REY.

Entre tanto,
Lidiar como se pudiere;
Perecer si fuerza fuere,
Nadar en sangre y en llanto.
Cuando la espada saqué
A mis pueblos quise oir:
Prefirieron combatir,
Y yo la vaina arrojé.
Desde entónces, de constancia
Vestí mi pecho acerado,
Y como norte he tomado
El ejemplo de Numancia.
Morir libres ó triunfar
Fué nuestro grito en Leon:
O el triunfo y la salvacion,
O la muerte; no hay dudar.
Dios lo que le plegue dé,
Árbitro del mundo todo:
Hágalo de cualquier modo,

Mi vida le consagré.
Recíbala, si esto es ley,
Con el trono que me dió;
Mientras que le ocupe yo,
He de vivir como Rey.
Otro se pudo elegir...
Yo á guardarlo no aspiraba...
Al pueblo se lo brindaba;
Nadie en él quiso subir...
Pues perecer ó triunfar
Dije, y ellos aplaudieron,
Si el triunfo no consiguieron,
Morirémos, no hay dudar.

(*Suena un clarin.*)

ESCENA V.

—

LOS MISMOS.—UN SOLDADO.

SOLDADO.

De plática viva seña
Hace el moro, y un caudillo,
Dirigiéndose al castillo,
Tremola una blanca enseña.

REY.

Ábrase, y pueda venir. (*Vase el soldado.*)

OBISPO.

¿Nada temeis arriesgar?

REY.

Todo se puede escuchar,
Cuando se sabe morir.
Venga á arengarnos el moro,
Y amenace á su placer;
El Rey sabrá responder
Como cumple á su decoro.

OBISPO.

Si tal fuese su razon
Que España aceptar pudiera...

REY.

Esperanza lisonjera,
Que no admite el corazon!...
Vendrá á pedir el tributo
Que nos reclamó otro dia:
Pedirá lo que pedia,
Con más infamia y más luto...

OBISPO.

¡Oh!

REY.

No os dejeis iludir:
No tenemos que esperar...
Mas podémosle escuchar,
Porque sabemos morir!...

ESCENA VI.

—

EL REY, EL OBISPO, ALMANZOR, DOS MOROS que le acompañan. Detrás entran RAMIRO, EL CASTELLANO VEREMUNDO, y VARIOS JEFES y SOLDADOS CRISTIANOS.

ALMANZOR.

Segunda vez, oh Rey de la montaña,
Del noble musulman la voz escuchas:
Segunda vez el cielo por mi mano
Rama de salvacion tiende á la tuya.
No hay más Dios sinó Dios. ¡Ay del iluso,
Que á sus preceptos resistir procura!
¡Ay del que cierra sus cobardes ojos,
Por negar el poder que le deslumbra!
Osásteis combatirle: vuestra audacia
Provocó los torrentes de su furia;
Vuestra loca soberbia, su castigo.
Desató el huracan, y las impuras
Huestes cayeron al tremendo soplo
De quien los orbes con su faz conturba.
Fuísteis vencidos en la lid sangrienta:
Sobre el cuello de España la desnuda
Cuchilla pende, y aun su nombre odioso
Hundirse amaga en sempiterna tumba.

REY.

Detente, musulman. Si tus palabras
Baldones han de ser, si solo injurias,
Termínalas al punto: aunque vencido,
Rechazo los denuestos que pronuncias.
Lidiamos como buenos. La victoria
Que propicia nos fué, torpe y sañuda
Se tornó luego á vos; y en esos campos,
Que vuestra sangre y la española inundan,
Traidora á nuestras cruces, sus favores
Concedió ayer á la africana luna.
Lo sé: lo saben todos. Vária, instable,
Siempre ha sido la suerte: dó se lucha,
En raudos giros, á la voz del cielo,
Se siguen el dolor y la ventura.
Hora fuimos vencidos. ¿Quién os dice
Que el árabe mañana no sucumba,
Y, cual aquí miramos nuestra suerte,
No pueda luego contemplar la suya?
Dejad pues de injuriarnos. Proponednos
Lo que querais pedir á las Asturias:
Breve, como á guerreros corresponde;
Claro, como entre bravos se acostumbra.

ALMANZOR.

Sí, bravos sois. Quien os venció en el campo
Daros tan digno nombre no rehusa:
Su estimacion ganásteis: tal diadema
Es la mas bella que la sien os cubra.
Pero no os halagueis con ilusiones,
Ni el retorno soñeis de una fortuna

Que os niega Dios. Las vendas que os envuelven,
El torpe error que vuestras almas turba,
Esos, esos no mas, son, oh cristianos,
La fuente de los males que os abruman,
Que os seguirán do quiera. El alto cielo
Abate el crímen, la impiedad repudia;
La santa religion sube á los tronos,
Y al infiel y al idólatra conculca.
Compasiva por vos se agita el alma:
La desgracia respeta en la bravura;
Y, honrando al enemigo que sucumbe,
De mas alta diadema se circunda.
Yo os ofrezco la paz.

REY.

¿Que condiciones,
Ministro del Califa, son las tuyas?

ALMANZOR.

La gloria del Señor, no de sus fieles
Mezquina vanidad, soberbia injusta,
Mi ambicion es. Reconoced sumisos
El excelso poder donde se encumbra;
Y ofreced á su planta el homenaje
Que el universo entero le tributa.
Yo os quiero condonar la antigua ofrenda:
Guardad las cien doncellas; dadnos una...
(*Rumores de aprobacion.*)
Si el vasallaje humilde se conserva,
Á una lijera muestra se reduzca.
Lo has escuchado, oh Rey: de un enemigo
Oye y acepta la palabra adusta:

Última vez su compasion te salva;
No la soberbia piérdate iracunda.
Considera tu estado: considera
Cómo tu imperio todo se derrumba.
No en ilusiones imprudente fies...
Á cada aurora crecerá tu angustia...
Á cada nueva aurora en tu garganta
El dogal de la muerte más se anuda.
Una jóven tan solo; y desatado
Quedas, oh Rey, de la cadena dura.

VEREMUNDO.

¡Una piden no mas!

UN JEFE.

Dárseles debe.

OTRO.

Así España se salva de su furia.

REY.

¿Qué escucho?... ¿Vos quereis?... ¡Mis capitanes!

VEREMUNDO.

De sus guerreros Vuestra Alteza escucha
El voto aquí: la suerte despiadada
Nos obliga á aceptar pena tan cruda.
Salvado está el honor. Así amenguamos
Con nuestros hechos la nefanda injuria,
Que nuestros Padres débiles sufrieran.
No quiso el cielo más!... Si la fortuna
Coronase do quier á los valientes,
Del todo se borrara la amargura
De nuestro afan. Lidiamos como buenos:

La voluntad de Dios es quien nos juzga.
¡Aceptadlo, Señor!...

VARIOS.

Sí, sí: aceptadlo...

REY.

¡A tal degradacion, á tan profunda
Vileza, estaba escrito que bajase,
Antes que á la anhelada sepultura!
¿Todos me lo pedís? ¿De tal vergüenza
Me pedís todos que la frente os cubra?
¿Todos quereis la paz?

RAMIRO Y VARIOS.

¡No!

VEREMUNDO Y OTROS.

Sí.

RAMIRO.

No: todos
No la queremos.

VEREMUNDO.

Sí.

RAMIRO.

Deshonra impura
Es, que nos mancha con baldon eterno.

VEREMUNDO.

Al Reino salva.

RAMIRO.

Póstralo en la tumba.

ALMANZOR.

Esa misma contienda, Rey iluso,
Rompa la venda que tu vista anubla...

Tus propios capitanes te abandonan:
El poder del destino te subyuga.
Aquí, sobre los muros de tu fuerte
Estás en mi poder: aquí retumba
La sonante palabra del Profeta,
Y te impone la paz que tú rehusas...
Sí, guerreros, la paz: si el Rey no quiere,
Que al bien de todos su querer reduzca...
A su sobrina Doña Sol elijo.
Dádmela, y libres sed. (*Estupor general.*)

OBISPO.

¡Oh desventura!

VARIOS.

¡Doña Sol! ¡Doña Sol!

RAMIRO.

¡Almas cobardes!...
¿Entregarla quereis?.

ALMANZOR.

¡Por todas, una!

(El Rey ha quedado sumido en la mayor afliccion. Al pedir el moro á Doña Sol, se advierte un movimiento general de repulsa. Doña Sol aparece serena.)

ESCENA VII.

—

Los mismos y DOÑA SOL.

SOL.

Aquí está Doña Sol, que entre vosotros
Se viene á presentar... Cese la duda.
La corona que el cielo me prepara,
No temais que mis sienes la rehuyan.
Felice más que todos, por el pueblo
Me es dado perecer. Ya me circundan
Laureles inmortales, y el destino
Teje coronas que mi sien ilustran.
¡Oh gloria de mi suerte! Yo muriendo,
Emboto de la guerra la sañuda
Cuchilla: yo muriendo, de mi España
Los crespones desgarro que la enlutan.
¿Quién es dichoso aquí cual yo me miro?
Envidiad, oh españoles, la ventura,
Que, flaca, inútil, desolada vírgen,
A solio tan espléndido me encumbra!—
Y vos, señor, mi Padre, mi Monarca,
Al cielo, al cielo levantad la augusta
Frente: de vuestra sangre es la victoria:
Nuestra es la prez en tan honrosa lucha

De vos, solo de vos el Reino espera:
Llevad su nave en tempestad tan ruda:
Que yo digna de vos seré en los hierros,
Cual del trono lo he sido en las alturas...
Otra cosa aguardé... ¡Vana esperanza!—
¡Cesen, cesen las nubes que conturban
Mi pobre corazon!... ¡Estaba escrito
Que en desdichada soledad sucumba!—
Adios, señor, adios.—Pronta á seguiros
Me teneis, musulman: á la coyunda
Yo misma doy el cuello, ¡venturosa
Si así España sus dichas asegura!

ESCENA VIII.

—

Los mismos. ISMAEL, que entra precipitado.

ISMAEL.

¡Presto, presto, Almanzor!... El mismo averno
Hórrida nube de cristianos lanza...
Corre la sangre por do quier... el campo
Voraces arden destructoras llamas.
Es huracan del cielo desprendido!..
El ardor, la bravura, la constancia,
Todo, todo vacila... En un momento

Pueden hundirse nuestras fuertes armas.
¡ Presto, presto á la lid !

SOL.

¡ Cielos ! Bernardo !
¡ Es Bernardo, Señor !

ALMANZOR.

¡ Perfidia infanda !
¡ Horrorosa traicion !... Muertes ! ¡ mil muertes
Á aquel que de vosotros se apiadaba !
¡ Temblad, esclavos ! En mi armada diestra
Aun brilla la terrible cimitarra.
¡ A lidiar ! á vencer ! á castigaros !...
Musulmanes, valor ! ¡ Sangre y venganza !

(Se va seguido de sus Moros.)

ESCENA IX.

—

EL REY, DOÑA SOL. Los cristianos de la escena anterior. Confusion. Algunos de ellos salen como para lidiar. Otros corren al fondo, y abren las ventanas á su tiempo. Se descubre el incendio del campo.

SOL.

Cristianos, al combate, á la victoria!...
De un momento de error lavad la mancha...
Para todos hay triunfos; para todos

El astro de los libres se levanta...—
¡Señor! (*Echándose en los brazos del Rey.*)

REY.

Ven á mis brazos. Con orgullo
Quiero besar tu frente, coronarla...
¡Ángel puro de Dios! mártir sublime!
Gloria de mi blason y de mi Patria!

UNO. (*En las ventanas.*)

Arde el campo do quier... los moros huyen...
¡La victoria es ya nuestra!...

SOL.

¡Gracias! ¡gracias,
Santo y eterno Dios!

OBISPO.

¡Bendito sea,
Que así protege á la afligida España!

UNO.

¡Es Bernardo, son ellos... Del alarbe
El ejército todo se desbanda...

REY.

¡Sostenedme, gran Dios!

VOCES.

¡Bernardo viva!

SOL.

¡Oh, Bernardo, Bernardo!

ESCENA X.

—

LOS DE LA ANTERIOR.—BERNARDO, JEFES, SOLDADOS, MONTAÑESES.

BERNARDO.

Mi palabra
Os he cumplido, oh Sol: vencido el moro,
Su frente ya la cristiandad levanta.
Era imposible ayer... Solo mi brazo
A restaurar la lucha no bastaba...
Mas llegaron mis bravos montañeses,
Y, miradlos aquí... todo lo salvan.
Vos, señor, perdonad si un desterrado...

REY.

¿Perdon? perdon, Bernardo! Quien desgarra
El cordel que los cuellos oprimia,
Quien tanta afrenta con ventura lava,
No de perdon á los vencidos hable.
Eterna gratitud sella en sus almas.
Á mis brazos venid.

BERNARDO.

En otro tiempo
No más mi corazon ambicionara;
Que deudo y que vasallo, excelso trono

Fuéranme á mí los brazos del Monarca.
Ese tiempo ha pasado! Otras ideas
Aquí en el corazon con fuego labran;
Y de honra tal, que confusion me infunde,
Permitidme, señor, se excuse el alma.
Premio mayor de Vuestra Alteza imploro.
Un Padre el cielo en su bondad me guarda,
Ciego, postrado... cual está os lo pido!...
Como se encuentra allí, dadle á mis ansias.

REY.

No allí, Bernardo, le hallaréis. El Conde
En la cámara régia de este alcázar
Descansa ya... Miradle... Que en sus brazos
Se extinga ese rencor que nos separa.

(Varios soldados, entre ellos el Alcaide, sacan al Conde por una puerta distinta de la del acto anterior. Viene vestido con mucho esmero.)

ESCENA XI.

—

SALDAÑA.—Los de la anterior.

BERNARDO.

¡Padre! ¡querido Padre! ((*Abrazándole.*)

MUCHOS.

¡El Conde! el Conde!

CONDE.

¿Qué escucho? ¡Eterno Dios! ¡hijo del alma!
¿Vencíste en fin?

BERNARDO.

Vencimos: del alarbe
Disipamos la hueste sanguinaria;
Y levantada de su horrible huesa,
¡Merced y gloria á vos se alza la Pátria!

CONDE.

¡Merced y honor á tí! ¡Gloria á los fuertes
Que la sienten latir en sus entrañas;
Y, pagando desdenes con favores,
Á los cielos la elevan por venganza!
Colmado el pecho con placer tan puro,
Trocadas en contento mis desgracias,
Ya moriré feliz...

REY.

Conde Don Sancho,
De un Rey y de un hermano las palabras
Lleguen, sin irritarle, á vuestro oido..

CONDE.

¡Vos, señor! ¡vos, señor! (*Quiere arrodillarse.*)

REY.

(*Impidiéndoselo.*) Discordia infausta,
Errores lamentables, hondo abismo,
Ha largos años que á los dos apartan.
Severo con vos fuí. Tanta dureza
Confiesa y llora arrepentida el alma;
Y aquí, á presencia de la corte toda,
Con mi sangre quisiera remediarla.

¿Qué quereis más?... La mano yo os ofrezco:
¿Vacilaréis, oh Sancho, en aceptarla?

CONDE.

Me humillais, me venceis... Bondad tan suma
Permitidme que pague á vuestras plantas...
Que en ellas fije el labio: que del pecho,
De mi eterna lealtad los votos salgan.—
¡Ah! Me falta la vida... mis sentidos
La sorpresa, el placer, la muerte embargan...
La voz espira... extínguese el aliento...
Á mi Jimena escucho que me llama!...
Pero es gozo, señor, esta agonía:
Estoy en vuestros brazos... reclinada
En el hijo que amé yace mi frente...
Yo os le dejo... os le dejo... la mas alta
Prenda de mi cariño... mi Bernardo!...
¡Espérame Jimena... ¡Adios, oh Patria!... (*Muere.*)

BERNARDO.

¡Fallece, eterno Dios!

SOL.

¡Socorro!

REY.

¡Sancho!

OBISPO.

Es inútil, inútil... Quebrantada
Su mísera existencia, tanto gozo
Sufrir no pudo, y el aliento exhala.

BERNARDO.

¡Ha fallecido!

REY.

¡ Prez á su memoria !
¡ Respeto y honra á su ceniza helada !
(Todos se descubren.—Breve pausa.)
Hermano del Rey fué... Que entre los Reyes
Régio sepulcro á sus despojos abran.—
Bernardo, de la pena que os agobia
Yo no condeno las agudas ansias:
Hombre soy como vos, como vos lloro...
Mas si un Padre la muerte os arrebata,
Un Padre hallais do quier: Asturias toda
Por hijo adopta al que sus hijos salva.

BERNARDO.

¡ Asturias !... ¡ nombre augusto !... ¡ voz divina !
¡ Norte de gloria, que la mente exalta !
¡ Fuego celeste, que mi pecho incendia !
¡ Puro amor, que consume mis entrañas !
¡ Oh patria !... En el altar que te consagro
Las pasiones acepta que me inflaman,
Y estas que lloro, lágrimas de sangre,
Ofrenda del dolor, á tu pié caigan.—
¡ Á combatir, cristianos ! Nuevas lides
Nuestro valor, nuestra entereza aguardan:
Nuevos triunfos la Cruz, nuevos laureles
De Córdoba os ofrezcan las murallas.
Ni paz ni tregua: la bandera alzamos:
¡Á llevarla de Cádiz á las playas!...
¡ Póstrese ante ella el mundo, y á los cielos
La gloria dilatemos de la España !

---

3 0112 105475781